

PATORUZÚ



20 cts.
EN TODO
EL PAIS

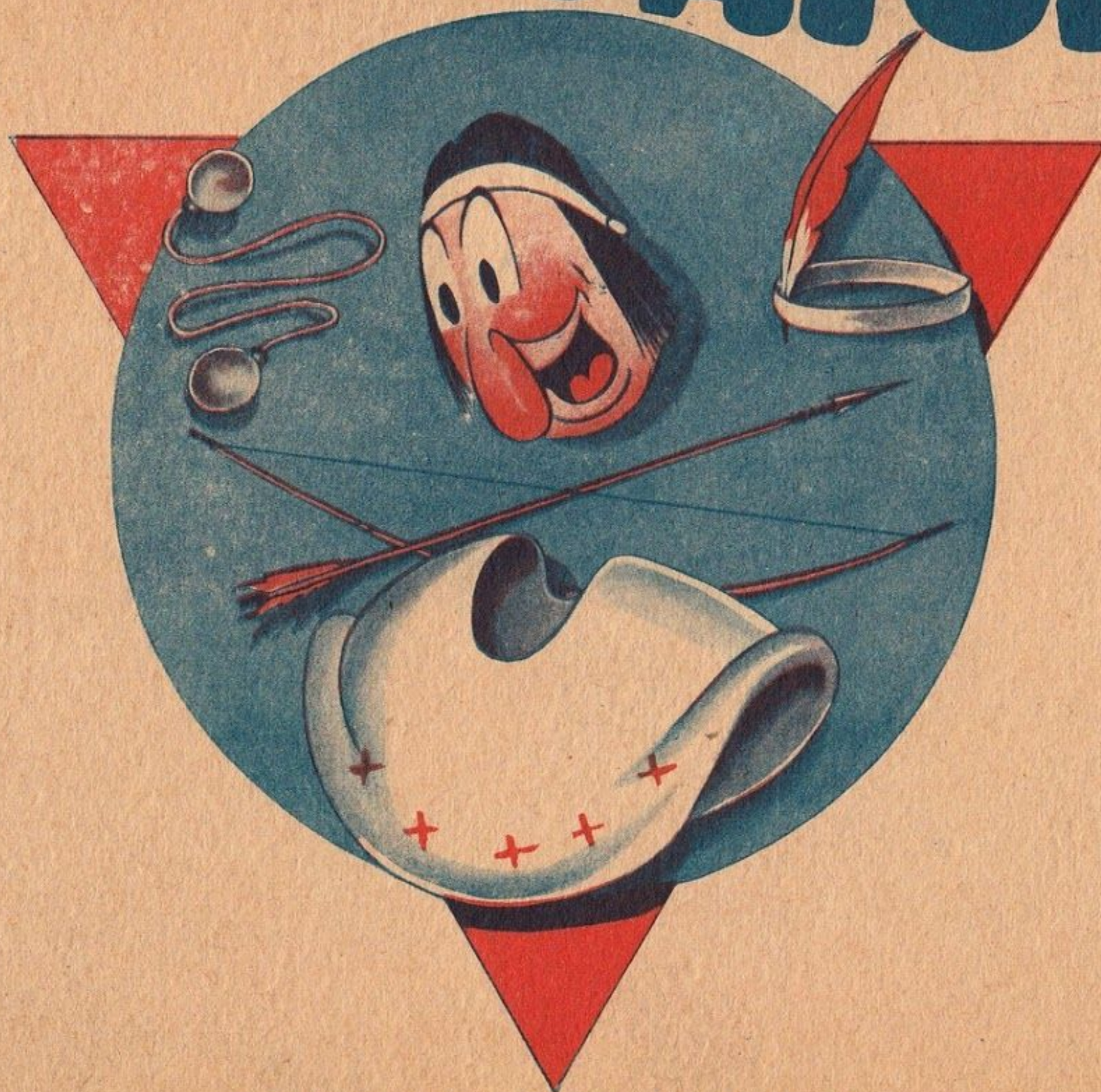
Buenos Aires, Enero 23 de 1939
AÑO III - N° 71

¡VISTASE DE PATORUZÚ!

PONCHITOS

El ponchito de Patoruzú forma parte del equipo completo que se halla en su interior, compuesto por arco, flecha, boleadoras, careta, vincha y pluma, al precio de

\$ 1,95



CARETAS

Una careta de Patoruzú, magníficamente ejecutada en pasta y de gran comicidad, al precio de

\$ 0,60

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.mira.com.ar - Organización: <http://amigosdepatoruzu.blogspot.com/>

Dirigirse al Sindicato Dante Quinterno. Avenida de Mayo 1410. - Buenos Aires - U. T. 38 - 4636

HEMOS VISTO, CHEI, QUE...



...SE ha com-
proba o
qu'en La Plata
eran muchos los
que, teniendo que
presentarse a
servir a la Pa-
tria, buscaban
cuñas y ricomen-
daciones, aun a
costa 'e sus güe-
nos patacones, pa
eludir la ley 'el
Servicio Militar.
Como novedad,

no es asunto que asombre a naides, chei, pero po-
ne actualidad la existencia 'e gente que no mere-
cería, esa es la palabra, pasar un año en las filas,
porque quien trata 'e sacarle el cuerpo a esas obli-
gaciones, es
por que no
s'emociona con
la bandera al
frente di un ba-
tayón o la esca-
rapela prendida
en el pecho 'e
un gurí...



que di una vez por tuitas las autoridades corres-
pondientes se decidan 'aplicar un sosegate defini-
tivo, haciendo arriar tanta bandera 'e remate ju-
dicial y tanto letrero 'e subasta "por desalojo",
como "adornan" la zona céntrica y los barrios 'e
pueblerío denso. Que no tiene razón 'e ser, chei,
la espera 'e una sanción que se cae 'e madura, so-
bre tuito cuando tiende a evitar algo tan conde-
nable como la caza 'el chorlito.

...LOS tatas 'el Senado se habían propuesto ri-
ducir el presupuesto pa este año, y lo consi-
guieron. Lo consiguieron... ¡Pero a la criolla!...
Es decir, haciendo un agujero pa tapar otro. Qu'eso
y no otra cosa es el aportar al fondo general los
sesenta miyones 'e bataraces que por ley corres-
ponden a la Dirección 'e Vialidad, y arreglando, o

endeudando a
ésta con un em-
préstito 'e cin-
cuenta miyones,
contantes y so-
nantes.

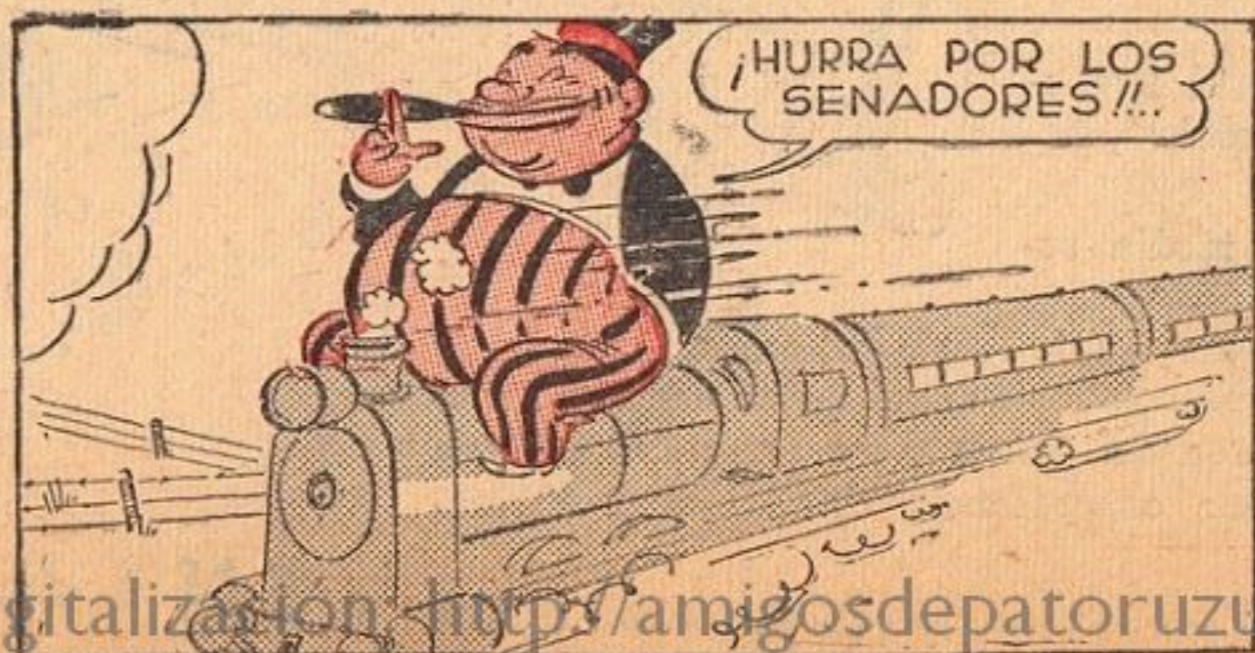
¡Y digan si eso y
arreglar los gas-
tos 'e la familia
con l'alcancia 'el
gurí no es la
misma cosa!...

...DESPUÉS di
un tira y
afloja bastante
prolongao, se
produjo la espe-
rada crisis en el
gabinete 'e la
provincia 'e Güe-
nos Aires, en una
revuelta di avis-
pero que tuvo
caracteres 'e no-
velita 'e aventu-
ras, con el avión
misterioso en el



que viajaba y no viajaba el señor gobernador. Un
lío, chei, que parece grande, pero qu'en realidad
no es p'alarmar a naides, ya qu'en el fondo no
pasa 'e ser un jueguito 'e política pa elegir con

tranquilidad la
nueva fórmula
que gobernará
la provincia,
aunque el lío
ha revuelto
otra vez el
avispero, ya
que el congreso
se ocupó de la
intervención a
esa provincia.



EN el puente de mando del pesado trasatlántico que enfilaba el canal, río afuera, el práctico hizo una seña. Como por arte de magia el remolcador de proa soltó el grueso cabo que lo unía al paquebote y se hizo respetuosamente a un lado, dejando paso al señor de los mares.

Unos recíprocos toques de sirena como saludo, y mientras el piróscabo se alejaba rumbo a la zarandeada Europa, el vaporcito viraba en redondo, dando frente a la ciudad envuelta en la madrugada, y que aun no se había perdido de vista.

Y esos eran los viajes más extensos que realizaba el "Saturno", lo que no impedía que don Juan, el entrerriano patrón de aquella embarcación, hablara de su cara "tostada por todos los soles y curtida por el salitre de todos los mares" con la misma vehemencia y el mismo aplomo del eterno marino de todas las latitudes.

—¿Preparo la ensalada, don Juan? — preguntó el contra-maestre, asomándose por la escotilla de popa.

—¿¿Cómo?! ¿No está preparada todavía?—se asombró, furioso, don Juan.

—Son las cinco y media recién...

—¡Aunque fueran las tres!... ¿Dónde se ha visto un remolcador sin ensalada? —bramó don Juan, aferrándose a la pequeña rueda del timón y haciendo con su pipa escocesa auténtica una competencia desleal a la chimenea del "Saturno".

Y cuando el contra-maestre se entregó con alma y vida

a la gastronómica tarea bajo la toldilla, don Juan dijo para sí, pero con una voz tal que pareciera hacerlo para los demás:

—¡Y se titulan marinos!... ¡Bah!... — Luego volvióse a Tilbury, un perrito lanudo que correteaba por la borda, y agregó—.

En cambio, nosotros, ¿eh?...

Un ratito después, y tras haberse cruzado con infinidad de lanchitas, atestadas de empleados y obreros que en astilleros y frigoríficos ganan su diario merendar, el "Saturno", majestuoso y digno, atravesaba los diques y, con la banda protegida por una serie de balones, se arrimaba al atracadero, suavemente, como una gaviota que al crepúsculo busca el refugio de los arrecifes.

No bien finalizó la maniobra de atraque y fué tendida la diminuta planchada, una beldad de leyenda pasó del muelle a bordo. No; no era una beldad de leyenda, pero merecía serlo. Se trataba de Manuelita, la hermosísima criatura de seductora mirada y gentil andar que a don Juan tenía por padre y a la población masculina de la zona portuaria de rodillas ante su belleza.

—¿Cómo se ha levantado tan temprano, hijita? — preguntó don Juan, abrazando a su criatura—. Hace tiempo que no venía a recibirme al regreso de mis correrías por los mares...

—Papá, pensé que haría falta un poco de orden y de limpieza a bordo —respondió alegremente la niña. Y sin esperar una confirmación, puso manos a la obra con verdadero empeño.

Y esa mañana baldeó la cubierta, lavó la batería de cocina, lustró los bronce, bañó a Tilbury, fregó la ropa de su padre y la tendió bajo la toldilla.

Extrañado, don Juan la dejaba hacer mientras la contemplaba con la pipa a todo vapor.

—Usted, hijita, está por pedirme algo. Nunca la he visto tan diligente — dijo por fin el patrón del "Saturno".

Manuelita, que en esos momentos pelaba unos tomates, se quedó petrificada con la pregunta.

—¿Quién?... ¿Yo, papá?... No... este, digo sí... ¿Sabe?...

Pero no pudo continuar. Se lo impidió la estridente sirenita de un astillero vecino.

—Las once, papá! — gritó Manuelita. Y antes de que don Juan reaccionara, ganó el muelle seguida de Tilbury,

LA SIRENA DEL REMOLCADOR

POR MARIANO JULIÁ
ILUSTRÓ DIVITO



gritando, mientras se alejaba a la carrera.

—¡No me espere a almorzar, papá!...
¡Me voy a casa!...

Y, efectivamente, Manuelita se iba a su casa, pero teniendo buen cuidado de pasar primero por los astilleros, a la salida de los cuales la esperaba, vianda en mano, un robusto joven de apretados músculos y mirada franca, fuerte como un guinche y manso como una chata arenera.

—¡Manuelita!

—¡Tetraedro!

—¡Vino a buscarme, mi gaviota!

—¡Como vendrá todos los días, hasta que la muerte los separe!...

Y lentamente se pusieron en marcha buscando un lugar apacible y de sombra, donde pudiesen hablar de amor mientras Tetraedro diera cuenta de la vianda. Lo hallaron junto a una quilla remendada que descansaba sobre los robustos caballetes de un dique seco.

—¿Hablaste con tu padre? — preguntó Tetraedro mientras miraba al descuido el sandwich de lomo que le preparaba su novia.

—No. Me habló él.

—¿Se ha dado cuenta que su hijita está enamorada?

—Creo que sí— dijo castamente Manuelita —, pero temo que consienta nuestro casamiento.

—¡¡¡¡¡Por????!!!

Suspiró hondo la muchacha y respondió con un dejo de tristeza que partía el alma.

—Porque no eres marino...

—¡Pero trabajo con los barcos!... ¡Vivo entre los barcos!... ¡Me gano la vida con los barcos!... ¡Sueño con los barcos!...

—Sí..., pero te mareaste el día que subiste al "Saturno"...



—¡Mi gaviota, ese día había marejada y también se mareó tu padre! — se defendió Tetraedro.

—Pero mi padre estaba tan mareado que no veía más que el mareo de los otros... Mas no te aflijas, Tetraedro mío, que yo tengo una magnífica solución.

—¿Cuál?

Y la muchacha, mirando primero hacia todos lados, cercioróse de no ser escuchada, y acercándose al oído alerta de Tetraedro susurró su plan.

—¡Maravilloso! — exclamó el joven. Y ambos recogieron los desparramados cacharros del almuerzo, pues la sirenita del astillero llamaba nuevamente a sus obreros. Ha pasado un mes.

Junto al muelle, tomados de la mano, Manuelita y Tetraedro esperan esa madrugada el regreso del "Saturno". Cuando el remolcador está frente a ellos y ha tendido amarras, los jóvenes saltan a la borda y resueltamente se presentan ante don Juan.

—Papá... — dice tímidamente Manuelita —. Este joven, Tetraedro..., este... ¿sabes, papá?... es mi novio...

—¡Ajá!... — exclama displicente don Juan y apretando con el índice el fuego de su inseparable pipa — ¿Y qué pasa?

—¡Don Juan! — intercede el joven, a punto de estallar de nervioso que está — ¡Amo a Manuelita y quiero casarme con ella!

—¡Imposible!

—¡Papá!...

—¡Don Juan!...

—¡No es de los nuestros!... ¡No es marino!... ¡Y jamás consentiré gente de tierra firme en mi familia!... ¡Un hombre de astilleros!... ¡Bah, bah!...

Y aquí es donde terció Manuelita.

—¡Pero escuche, papá!... Tetraedro hace veinte días que dejó los astilleros...

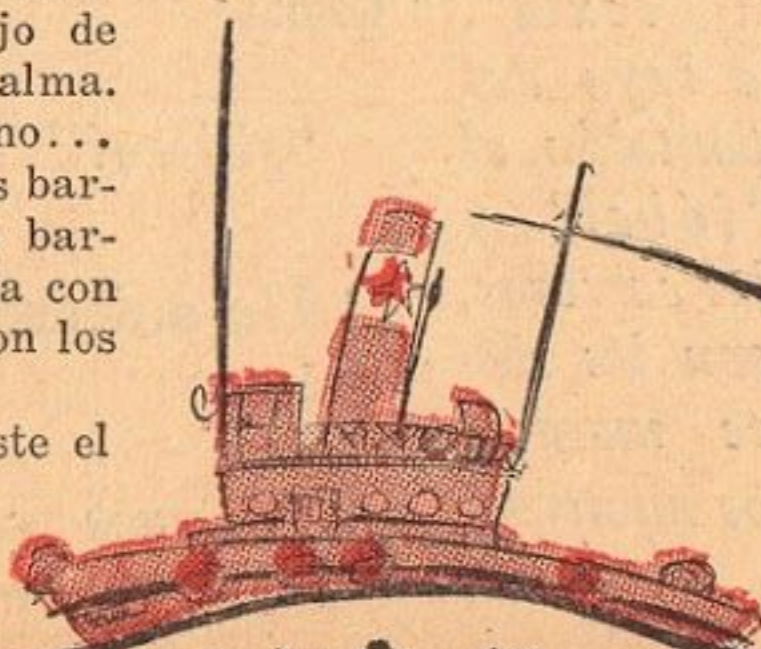
—¡Ajá! — se rió don Juan — ¿Y qué hace, ahora?... ¿Teje redes para pescadores?

—¡No, señor! — exclamó el muchacho —. ¡Ahora trabajo en una lanchita frutera en las islas del Tigre!

La reacción de Don Juan no se hizo esperar. Y, apretando a los jóvenes en un emocionado abrazo, exclamó:

—¡Ahora sí, muchachos!... ¡Habrà boda en el "Saturno"... ¡Habrà fiesta en la ribera!... Y palmeando fuerte a Tetraedro, agregó emocionado:

—¡Usted es un marino!... ¡Un verdadero marino!...





“Estoy por cobrar la sucesión” — es uno que nos pide cinco pesos.

Un niño que ve por primera vez a un malabarista, es una vajilla rota.

“No sé dónde ir” — es un joven que no tiene novia.

El billar, el tango,

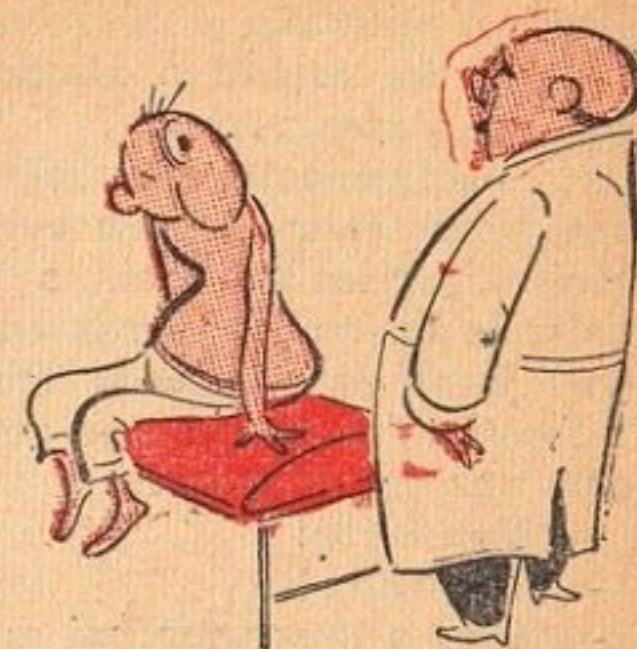


las pebeta, la “sexta”, la raya del pantalón, el “fóbal” y las carreras, son las siete maravillas de un muchacho de los nuestros.

“Aquí estoy porque he venido” — es un carrito de lechero.



“¿Viviré mucho, doctor?” — es un aprensivo resfriado.



“No apta para menores”, es un éxito en boletería.

Un viejo, es un consejo.

DEFINICIONES

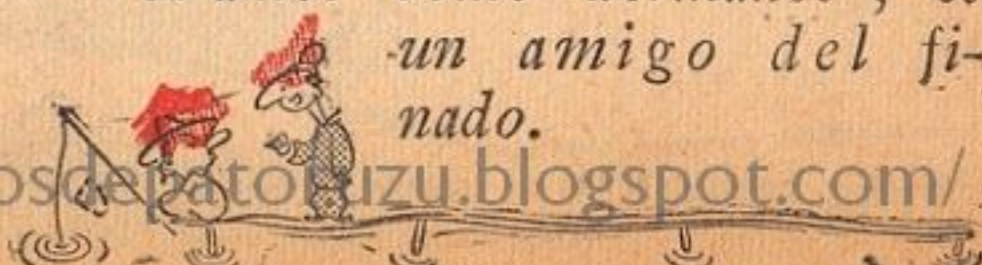
POR MARIANITO

El domingo, es una redoblona.

“¿Pican?” — es un curioso.

Un ordenanza negro, es el Congreso.

“Éramos como hermanos”, es un amigo del finado.



NUEVAS AVENTURAS DE PATORUZU

¡Disimula el papelón, explicando su emoción!

"EL HOMBRE DE LAS MIL CARAS" RECONOCE EN LA CUEVA EN QUE METERÁN A UPA, EL LUGAR DONDE ESCONDIÓ LA MOMIA DEL VERDADERO TATA, Y SIMULA PERDONAR AL NIÑO, PARA EVITAR QUE PATORUZÚ ENTRE EN LA CAVERNA!

¡NO LO ENCIERRES, HIDO! ¡SI LO HE PERDONAO!

¡SIENTO NO PODER OBEDECERTE, TATA!

¡UPA TE FALTÓ EL RESPETO Y HAY QUE CASTIGARLO, ENCERRÁNDOLO EN LA CUEVA DE ANDE IO MESMO UN DÍA LO SAQUÉ!

¡TENÉ LA PUERTA, TATA!

¡PERO TATA! ¿HAS PERDIDO TU FUERZA?

¡AH!...¡AH!... ¡ES LA EMOCIÓN, HIDO!

Registrado 1938 - Sindicato Dante Quintero

QUINTERO

R.769.

Que es una momia no hay, duda pero una momia ¿estornuda?

¡IA QUE NO QUERÍS OBEDECERME, PRIMERO VIA A BAJAR IO A VER SI LA CUEVA ESTÁ EN CONDICIONES!

¡TA BIEN!

¡MALDITO INDIÓ! ¡Y AHORA, A ESCONDER LA MOMIA!

¡VERÉ DE OCULTARLA EN ALGÚN LADO!

¡AAAAAH!

¡CHIST!

Registrado 1938 - Sindicato Dante Quintero

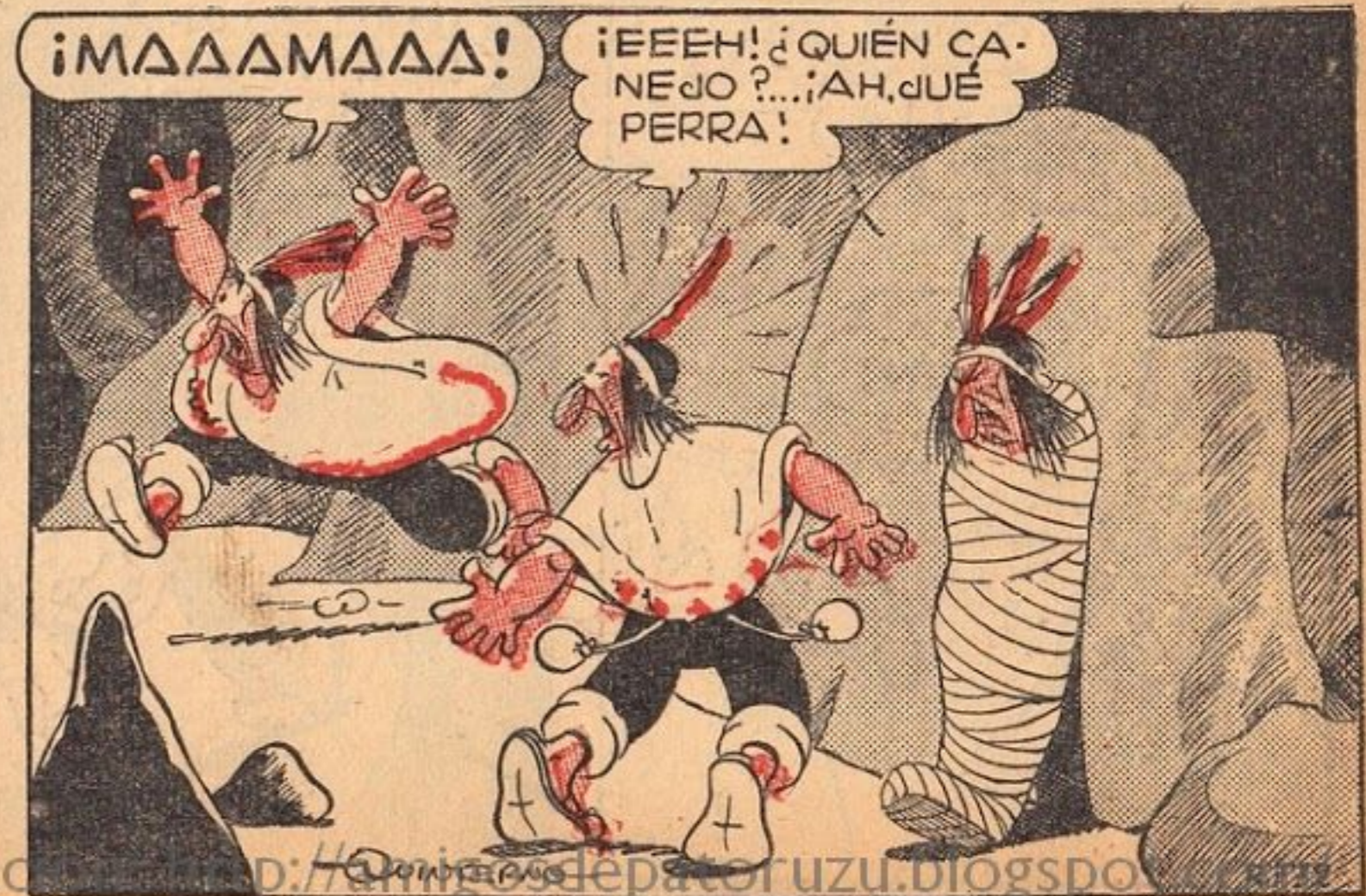
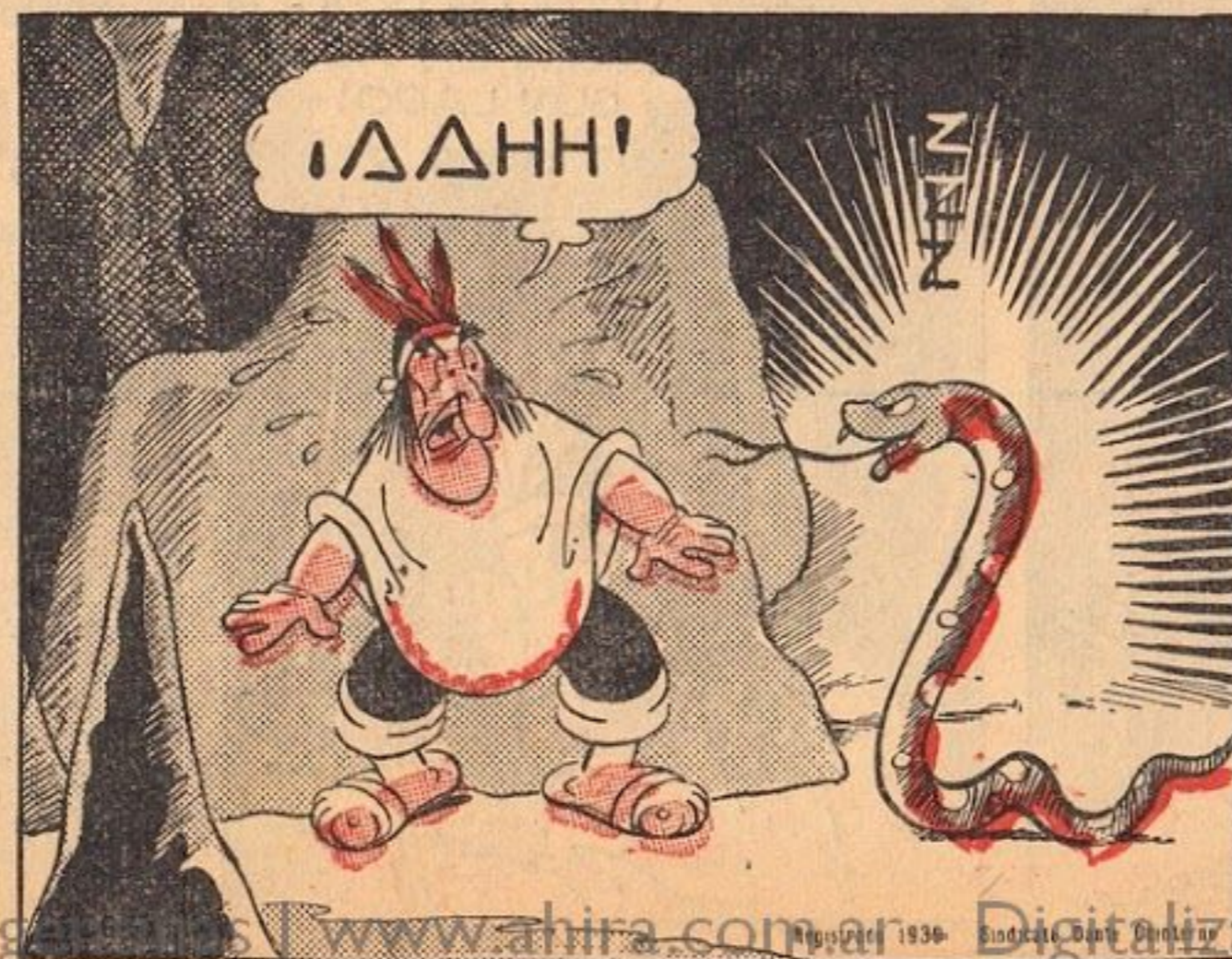
QUINTERO

R.770.

¡Qué grande es su intelecto! Y caradura, ¡perfecto!



Con qué cinismo él miente, ¡mas no pensó en la serpiente!



Como momia era algo frágil, y en cuanto al otro, ¡muy ágil!



A Ñancul deja perplejo, ¡ver resucitado al viejo!



¡Cuando se prende la iguana, muerde con gusto y con ganas!



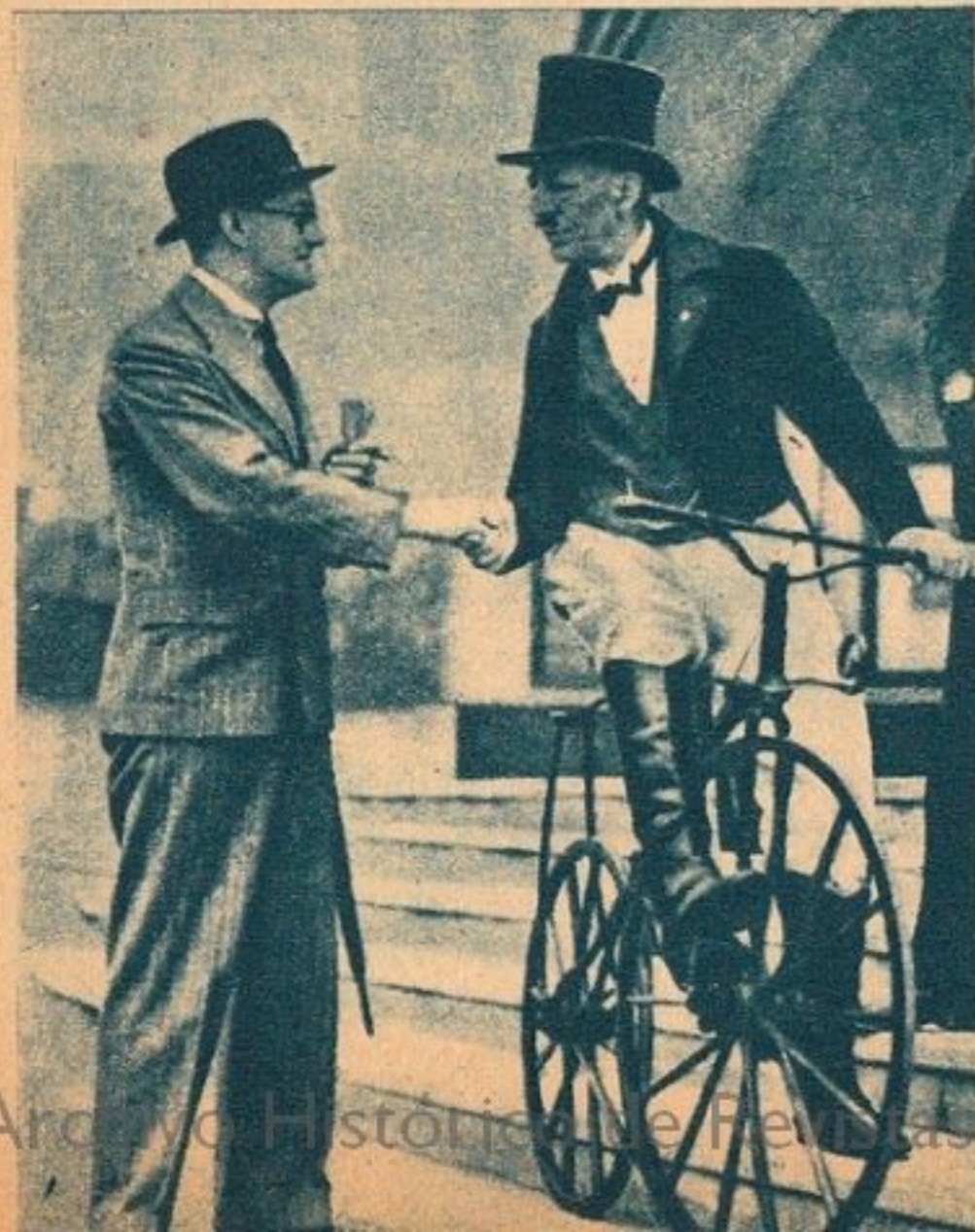
Han salido ellos primero, ¡y casi nada! ¡En Pampero!



NOTICIARIO



LONDRES (Inglaterra).—En las cercanías del Parlamento fué tomada esta foto que muestra al viejo alcalde de una aldea escocesa saludando a su nieto. La curiosa indumentaria y la antiquísima bicicleta del anciano se deben a que éste, desde hace aproximadamente medio siglo, asegura haber detenido el tiempo con su infalible sistema de marchar hacia atrás.



BUENOS AIRES (Rep. Arg.).—“Si usted no termina con la rata, la rata terminará con usted”, dice sabiamente la Asistencia Pública, y organiza, de vez en cuando, activas campañas desratizadoras, las que no parecen preocupar a los roedores, como puede observarse en esta escena íntima, sorprendida por nuestra cámara en una cueva del Bañado de Flores.



CARLOS CASARES (Rep. Arg.).—Como los vecinos de esta floreciente localidad notaron la falta sucesiva de gallináceas en sus dominios privados, la autoridad policial gestó una hábil pesquisa, que culminó con la detención de Tercero Sombra, sorprendido in fraganti. Interrogado por el juez, declaró que lo hacía siguiendo una vocación ancestral. No pudiendo ser, como sus mayores, avicultor, debía conformarse con ser ladrón de gallinas.

PARÍS (Francia).—Un bello ejemplo de lo que puede el cariño a los mayores, cuando es sincero y desinteresado, lo dan los hermanos Le Gourmand, quienes durante treinta años prestaron solícita atención a un tío político, fallecido recientemente, nombrándoles en su testamento herederos universales de treinta millones de francos. Los hermanos Le Gourmand, cumpliendo una vieja promesa, construyeron con sus propias manos la corona que enviaron al difunto.



PATORUZONE (PANORAMA MUNDIAL) A CARGO DEL MAJOR ROSKOE FIELDS Jr.



ARROYO PANDO (R. O. del Uruguay).—Innumerables espectadores congregó la anunciada prueba del viejo deportista Giácomo a La Rossini, de Canelones, quien intentaría batir el record mundial de velocidad en las aguas del poético riacho. Fracásó lamentablemente en su intentona, por haberse empackado uno de los caballos de fuerza de su autoboa.



PERSONAJES:

ABUELO, 65 AÑOS. NIETO, 15 AÑOS
EPOCA: 1980

CAE la tarde. (Cuidado los que estén cerca del escenario, no se les vaya a caer encima). Abuelo y Nieto recorren el museo de figuras de cera. Mussolini, Hitler, Canaro, Chaplín, Tyrone, Lenin, Mariano de Vedia y otras figuras de cera que ya se irán nombrando. Ojo a la "mise en scène"; no confundir: de los dos de bigotito, Chaplín es el de bastoncillo y galera; el jovencito que sonríe a plena dentadura no es Lenin, es Tyrone; Mussolini es el que está "en jarras" y De Vedia el que está "en copas". Hechas estas aclaraciones, se levanta el telón en momentos en que el Abuelo explica al Nieto:

ABUELO.—...e hizo mucho por la cultura y el idioma nacional...

NIETO.—¿Cómo se llamaba, abuelito?

ABUELO.—Francisco Staffa, querido... Este otro, gran hombre también fué todo un artista: el teatro enriqueció su acervo con sus edificantes monólogos, el cine lo contó como un trágico sin par: se llamaba José Arias...

NIETO.—¿Y éste?

ABUELO.—¿El del rebenque?

NIETO.—Sí, abuelo.

ABUELO.—¡Ah, querido!... Ese fué uno de los hombres más discutidos de su época.

NIETO.—¿Algún sabio?

ABUELO.—No, hijo. Se llamó Leguisamo y manejó los caballos como nadie. Por eso la gente lo adoraba... Y este otro fué músico. Nadie como él para transformar una ouverture en un tangón, en un rancherón o un valserón... Aquel otro fué concejal...

NIETO.—¿Tío de la patria?

ABUELO.—¿Qué dices?...

NIETO.—(Con candorosa inocencia.) Y... si los senadores son abuelos de la patria; los diputados, padres de la patria, entonces los concejales vendrán a ser unos tíos de la patria...

ABUELO.—(Para sí.) Casi tiene razón el mocoso... (En voz alta.) No seas irrespetuoso, niño; este señor concejal fué modelo de iniciativas, que si bien no perdió el sueño en simples problemas hospitalarios, edilicios ni culturales, fué, en cambio, de una consecuencia ejemplar para con ciertos capitales.

NIETO.—¿Cómo se llamaba?

ABUELO.—.....(Aquí conviene que se caiga algo estrepitosamente entre bastidores, que estornude fuertemente el traspunte o algo por el estilo, porque si no se le vienen encima al autor varias cuestiones caballerescas).

NIETO.—¿Y éstos de pantalón corto?

ABUELO.—Bernabé Ferreyra, Erico, Tarascone, Cherro y otros grandes; gente que parecía tener la cabeza en los pies, por lo bien que manejaban la pelota... El de más allá, ese del aparatito en la boca, es el que inventó la respiración: ¡sopla, sopla, sopla! Aquéllos, entre rejas, fueron tipos peligrosos: uno cruzó la avenida 9 de Julio por el túnel para peatones; otro quiso votar en la provincia; aquél no le dió propina al cuidador de autos... Los de más allá son los Héroes Públicos 1938: uno se aguantó todos los folletines de Pearson-Walk; el de más allá se estudió la Ley de Réditos...

NIETO.—¿Y aquél, abuelito?

ABUELO.—¿Aquél? A ver; déjame hacer memoria... ¡Ah, ése creo que era medio loco también... Juntaba huesos por la Patagonia. No me acuerdo como se llamaba: Amerino, Ameghino o algo así. Pero ése no tiene importancia... No hizo nada de provecho...

MUSEO
DE
CERA
POR
SOLER



**¡CU CU!
SOY YO, RANDO,
AMIGUÍSIMOS LECTORES.**

Rando, el de las cosas novedosas. Rando, el as de los animadores. Rando, el de los chistes inéditos.

*Rando, el rey de la chispa
Y hazmerreír de la gente.
Laborioso como avispa
Y como nadie ocurrente.*

¡Je, je, je! Vengan a pisarme el poncho. El periodismo ha decaído tanto que le hacen falta inyecciones de fuerza. Y para número de fuerza, yo.

Les voy a regalar un chiste de los míos. Franz le dice a Fritz: "Fritz, ¿cuál es el animal que es dos "feces" animal?... ¿Te das "for fencido"? Es el gato y araña". ¡Jo, jo, jo!

Les contaría muchos más, pero me piden que hable de mí.

Estoy un poco más gordito y tengo un año más que el verano pasado. ¡Je, je!

Soy un hombre que ama el trabajo, las letras, el arte y las audiciones bien remuneradas. Me gustan los helados de frutilla y los pajaritos a la "brochetta". Me gusta el campo y las flores. También me gusta lo desperejo y no voy por la "vedera". ¡Ah, yo solo!

Fuí y seré cuando quieran y adonde quieran artista de teatro. He sido y soy autor de incontables obras apreciadas en el mundo entero. (¿Acaso hay mundo a pedazos?).

Yo canto y bailo a la altura de cualquier "chansonnier". Que no sea muy alto, claro.

Me desagrada la publicidad. ¡Perdón, avisadores! He querido decir la publicidad que se hace alrededor mío. Rando de aquí, Rando de allá, Rando por aquí, Rando por acullá. Uno no puede ni sonarse a gusto; porque sueño. ¡Qué bueno!

Los contratos me llueven. Y les aseguro que no son lluvias del aparatito. (Fenómeno, Enrique).

Vean hasta dónde llega el frenesí de la gente por mí, que me ven por la calle y se vienen como gato al hígado. ¡Qué tendré!, dirán ustedes. ¿Saben lo que tengo? Un poco de perfume, que le pongo al que se me acerca. ¡Je, je!

Y como el manisero, me voy..., me voy.... me voy... (¡Qué original!)

Enrique Rando.

COPIA DE DANTE DE PALOS

YO ME HAGO EL ARTICULO



IMITACIONES NO!

LA UNICA Y VERDADERA

GOMINA
ASIENTA EL CABELLO
UNICO FABRICANTE
BRANCATO

DESDE
30
CTS.

PARA PEINARSE BIEN
con elegancia y a la moda

USE SOLAMENTE

GOMINA

UNICO FABRICANTE

BRANCATO

**RECHACE IMITACIONES
Y SUSTITUTOS**

Don Fierro



¡HURRA! ¡EL JEFE ME DIÓ VACACIONES!

¡VERANEO EN PUERTA, VIEJO!



¡ME VOY A MAR DEL PLATA! ¡A USTEDES NO LAS LLEVO PORQUE NO HAY PLATA Y PORQUE NO SE LO MERECE!

¡FIERRO!



¡EL MUY SALVAJE Y EGOÍSTA! ¡NOS REVENTAMOS HACIÉNDOLE DE NODRIZAS TODO EL AÑO, PARA ESTO!

¡QUE DIRÁN LAS DE RAMÍREZ!

¡GLANDÍSIMO CLETINO AMALETE! ¡OJALA SE AHOQUE!

DOS DÍAS DESPUÉS



¡AQUÍ TIENE LA COLESPONDENCIA DEL DÍA! ¿TAMBIÉN LA DE MI BOMBELO VA A LEVISAL?

¡AH! ¡VEO QUE CUMPLEN MI ORDEN!



¡MMM! ¡CARTA PARA MI MUJER! ¡ESTA LETRA ME ES CONOCIDA! ¡Y DE TRENQUE LAUQUÉN! ¡VEAMOS!



"QUERIDA HIJA: ENTERADA DE QUE EL CANALLA DE MI YERNO SE VA A VERANEAR SOLO, IRÉ A HACERTE COMPANIA TODA LA TEMPORADA. YA QUE EL CASARRABIAS NO QUIERE QUE PISE SU CASA, APROVECHARÉ MIENTRAS ESTÉ AUSENTE. BESOS. MAMITA ENCARNACION."

¡IDA! ¡ESA VIEJA HARPÍA!



—¡Qué lindo! ¡Se viene el Carnaval!...
—¡Cómo nos vamos a divertir los gau-
chos de la radio!

GRAGEITAS

Sintonizamos Radio Splendid y dice el speaker:
—Ha finalizado otra de las "Tardes de Vosotras"...
—¡Y después dirán que no somos tipos de suerte!

Radio del Estado nos habla de "Los cambios de clima debidos al hombre".
Pensar que, desde que L R A funciona, en nada ha cambiado el "clima" radiotelefónico.

—Hombre... ¿qué te pasa? ¡Estás más serio que un difunto!
—Déjelo usted, pobrecito... Acaba de oír el chis-te del día por Radio Belgrano.

La compañía de Norma Castillo, que actúa por Radio Sténtor, está ahora "Entre sombras".
¡Ya nos lo imaginábamos!

Es cierto que entre federales y unitarios hubo muchos líos. Pero comparados con los que hoy les inventa la radio, aquello era calma chicha.

¿POR QUE, NENA, POR QUE?

El estimado oyente hace girar la aguja del dial y la detiene en la rayita de Radio Belgrano. Hace cornetilla con la mano junto a la oreja y se pone a escuchar. En ese instante María Esther Casas se desmaya en suspiros y después canta:

—Estoy dispuesta si querés... a darte ya una explicación...

El estimado oyente mueve la cabeza y exclama:

—Pues bien, nena... Vamos a ver... ¿por qué cantas como cantas?



L
A
R
A
D
I
O
E
N

ACADEMICO EN CIERNE

Esta semana corresponde el primer premio al "lenguaje speakeriano" del locutor de Radio Fénix. Las otras tardes, después de pasar un disco, explicó:

—Hemos escuchado una canción en la "resolución" del tenor...

¡Resuelto el muchacho, resuelto! Clavado que lo nombran miembro de la Academia Argentina de Letras.

PODA EN LA ESTANCIA

El Conjunto Pampa, de Radio del Pueblo, transmite, diariamente, una novela hermosísima. Nunca hemos oído nada igual. De vez en cuando los personajes cantan y las nubes se levantan y la vieja está en la cueva. Se llama la novela "El martirio de una mujer". Azucena —una de las intérpretes— nos hizo escuchar, entre mate y mate, "Al caer de las hojas". ¡Qué cosa admirable! Se agarró del árbol, empezó a sacudirlo y cuando terminó la canción sólo quedaban las ramitas peladas.

POR JUGAR CON FUEGO

—¡Si supieras lo que me pasa!... He perdido todas mis relaciones...
—No puede ser.
—Sí... Imagínate que seguí el consejo de los speakers del "Rotativo Social" de Radio Mitre.
—¿Y qué te aconsejaban?
—Los otros días dijeron: "Invite a sus relaciones a sintonizar todos los días esta audición". A mí se me ocurrió hacerles caso y... todas, ¡todas mis relaciones me han retirado el saludo!

MALDICION GITANA
¡Que tengas para cobrar una sucesión y recurras a la Audición Jurídica!

¡Qué bien puesto está el nombre de "Teatro del éter" a esa audición de Radio Prieto!

CONTRASENTIDO

—Estuve escuchando por Radio Rivadavia a la típica Gentile.
—¡Qué casualidad!... Yo también...
—Pero hay algo que no me explico... Si esa típica es "gentile", ¿por qué trata así a los tangos?

B
R
O
M
A

Adormece..., adormece...



SABADO a la noche. Arturito Barrioviejo, con medio tarro de gomina en la cabeza y estrenando una corbata plastrón a lunares rojos, me pega un puñetazo en la espalda.
 —¡Pelado! ¿Qué decís, pelado? ¿Te querés venir de garufa?
 —¿Garufa? ¿Con vos? ¿Dónde?

ARTURITO BARRIOVIEJO (UN MUCHACHO DERECHO)

Está visto que a Arturito no se le puede decir que no.
 —Venite conmigo. Nos vamos al "Mate Cocido Palace".
 ¡Vas a ver qué farra! Conozco al gerente, don Roque, que tenía un almacén en la esquina de casa cuando yo vivía en Ayacucho y Arenales. Si me habré dado panzadas de gofio cuando me dejaba cuidando el negocio!

Fuimos. Lo primero que hizo Arturito en cuanto llegamos fué saludar a don Roque. Era un tipo cetrino, petiso, más calvo, pero mucho más que yo (lo que no dejaba de halagarme) y con una nariz que era exactamente una media luna mirando hacia el cielo raso. Me resultó antipático, torvo y ligeramente desconfiado.

—¡Don Roque! — gritó Arturito pegándole un abrazo —. ¿Ha visto? Siempre diciendo "cuándo lo veré por el "Mate Cocido", y ya ve, aquí me tiene.

—Sí, muchacho... ¿Tu papá, bien?

—Sí... Bien.

—¿Tu mamá, bien?

—Sí... Bien.

—¿Saben que has venido por aquí?

Arturito enrojció.

—Vamos, don Roque. Mire que ya ha pasado mucha agua debajo del puente. ¡No me haga chistes, don Roque!

—Tomá algo Arturito. A ver... ¡mozo! ¡Sírvale a los señores!...

La cosa como puede apreciarse no podía ir mejor encaminada. Arturito se restregaba las manos y me guiñaba el ojo, índice inequívoco de que todo iba viento en popa. Tuvimos que aguantar tres whisky con don Roque sentado a la punta de la mesa filosofando y todo "remember" con su almacén de la calle Ayacucho. ¡Por lo menos si hubiera sido del Paseo Colón!

Aquello estaba fúnebre y por lo visto a Arturito los tres whisky le habían encendido la vena porque a cada momento hacía una señita y se levantaba a dar unas vueltas con una rubia de una mesa cercana y me lo dejaba a don Roque mandándose la historia.

Un conato de medios litros por la cabeza espantó al ex almacenero hacia el fondo del salón. Arturito, sin dejar de dar vueltas con la rubia se bebió un resto de whisky y me alcanzó a decir:

—Che... ¿qué te pareció don Roque? ¿Buen tipo, eh?

Pero, por lo visto, la rubia no era muy dichosa con él y a las tres vueltas más lo dejó plantado. Otro señor la invitaba con un anís extra seco.

Volvió Arturito a la mesa. Estaba con una ganas de divertirse bárbara.

—¿Qué te parece la "boite"? Formidable, ¿eh?

—¡Estupenda! — dije por no contradecirlo.

—Mirá, aquel ñato que toca el saxo es amigo mío — me señaló mostrando a un gordito de la orquesta —. ¿Vamos a llamarlo?

—¿Para qué?

—¡Hombre, para que tome algo con nosotros!...

Lo saludó dos veces y le hizo señas, pero el gordito no se dió por enterado.

UNA NOCHE EN UNA "BOITE" POR BILLY KEROSENE

—Dejalo — le dije yo —. El tipo ahora no te conoce.

—¡Me dan ganas de tirarle una botella por la cabeza! — exclamó Arturito amoscado.

Dos imberbes pálidos y esmirriados, medio avergonzados y cohibidos ante un melodrama de mujer gorda y pintarrajeada, sacaban todo el partido posible de los oportos que la susodicha repetía con una frecuencia alarmante. Arturito los compadecía:

—¿Te das cuenta? ¡Y esos vienen a divertirse!

La verdad que hasta ese momento yo no me había divertido mucho más. Y en cuanto a Arturito, no parecía por cierto unas castañuelas.

No pude más y se lo dije:

—Decime, Arturito. ¿Qué te parece si ahora, porque ya es tarde, sabés, empezamos a tirar la manteca al techo?...

Arturito me miró como si le hubiera propuesto cometer un crimen y no esa simple y común operación que se estila mucho en las boites.

—¡No seas bárbaro! — exclamó —. ¿Estás loco?

Nos levantamos. Vino don Roque. Nos saludó cortésmente.

—Y ya sabe, Arturito. Yo no le aconsejo que venga seguido por aquí. Usted es un muchacho muy calavera y no le conviene... Cuando salimos eran las cuatro.

—Vamos, pelado. ¡Las cuatro! ¿Te das cuenta? Cuando uno se divierte no se da cuenta cómo pasa el tiempo...

¡Jamás, desde que tengo uso de razón, lo juro solemnemente, jamás, me pareció tan largas esas horas! Pero por lo visto Arturito es de una madera especial. Desde que tomamos un tranvía en el centro hasta que llegamos a Flores no dejó un segundo de silbar, recorriéndose uno por uno todos los tangos que ejecutaron esa noche en la "boite".

—¡Qué farra! — exclamó cuando llegamos —. ¡Qué fenómeno! ¡Y después dicen que la gente se aburre en Buenos Aires!





1 LA prueba consiste en introducir un huevo en una botella, sin romperlo. ¡No se alarme! ¡Más difícil sería engullírselo entero!

EL TRUCO



DEL HUEVO



2 Hierva bien un huevo y quítele la cáscara. No se trata de introducir el huevo a empujones. El truco está en meter algunos fósforos encendidos dentro de la botella.



3 Coloque el huevo sobre la parte superior del gollete y verá que gradualmente se deslizará hacia el interior hasta caer en el fondo de la misma. ¿El truco? Como los fósforos consumen el oxígeno que hay en la botella, se produce el vacío...

4 ...y el huevo es "chupado" hacia adentro. Este truco es simple, pero siempre confunde al público. Ensáyelo, aunque correrá el riesgo de que después le pidan que saque el huevo de la botella.



Yoshimiko Kawashima, hija de príncipes manchúes, fué agredida en Tienstsin. Mujer de gran ilustración y seductora belleza, había trabajado a las órdenes del servicio secreto japonés y merced a sus hazañas como espía era llamada la "Mata Hari nipona". Si el lector quiere más detalles sobre la vida de la interesante ja-

antigüedades en Nueva York, apoderándose de objetos cuyo valor se estima en cien mil dólares. Entre lo robado figura un reloj que perteneció a María Antonieta y una caja de ébano conteniendo cabellos de la madre de Wáshington.

No tienen por qué afligirse los coleccionistas. Existen en el mundo alrededor de treinta mil tiendas de antigüedades que venden objetos similares a los robados...

Un grupo numeroso de músicos que regresaban alcoholizados de un casamiento efectuado en Riga atacó a varias personas que transitaban por esa ciudad.

Algunas de esas personas denunciaron más tarde haber sido asaltadas por los alegres ejecutantes.

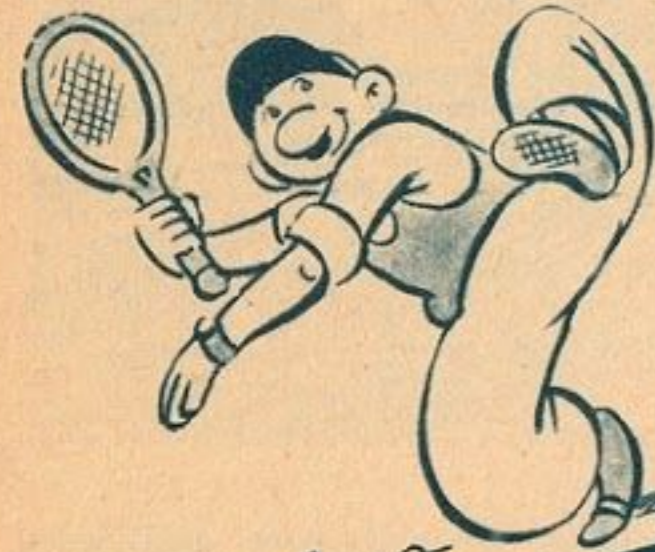
¡Lo que faltaba! ¡Que los músicos se dediquen a los asaltos en banda!...

Varios ingenieros de la compañía de teléfonos de Filadelfia han presentado al Instituto Franklin una máquina que emite sonidos análogos a los de la voz humana. El aparato se maneja como un órgano y será presentado en las exposiciones de San Francisco y de Nueva York.

Dudamos de la eficacia del invento. Nos parece difícil que se pueda fabricar algo que supere en practicidad a la máquina parlante más perfecta: la mujer.

Un grupo de policías disfrazados de delinquentes, ayudados por guardias costeros y agentes de aduana, capturó a una banda de contrabandistas que conducía una partida de opio avaluada en 150.000 dólares.

Podrán quejarse de todo esos contrabandistas, menos de que están aburridos. Los envidiamos. A nosotros, cuando escuchamos ciertas audiciones, nadie nos saca el opio.



TOÑO GALLO

¡ADELANTE CON EL MUNDO!

POR ARISTIDES

MONOS DE TOÑO GALLO

ponesita, le aconsejamos que espere la película. Es casi seguro que los americanos no se harán esperar mucho...

Tres artistas negros, cuyo peso en conjunto asciende a la friolera de cuatrocientos cincuenta kilos, causaron sensación al llegar a Londres vestidos con impermeables celestes y usando paraguas rojos. Los referidos artistas fueron contratados en París para actuar próximamente en una sala inglesa.

No tenían necesidad los negritos de esas extravagancias para llamar la atención. Les bastaba y sobraba con el "tonelaje" que desplazan. ¿Quién se atrevería a negar que representan un número de peso?

Quince ladrones penetraron en una tienda de



LANZA PERFUME



Rocio

VENTAS POR MAYOR

RICARDO ALGORTA

Buenos Aires
Charcas 3611 - 15
U. T. 71-2358

Montevideo
Santa Fe 1155
U. T. 24000



POR EL NEGRO DEL BUFFET

plicado sistema de desvíos y señales daba al trencito una apariencia de notable realidad.

En su hijo tenía puestas todas sus esperanzas. Era vivaz e inteligente y se veía, con el andar del tiempo, su-

cedido por él en las fecundas funciones públicas.

—¿Jugabas solo?

—Sí, papi, porque Totito se enojó...

Totito vivía en la casa vecina y era el compañero obligado de sus juegos. Esa tarde habían estado juntos haciendo andar el trencito, y una diferencia, muy propia de los niños, motivó el enojo.

—¿Has reñido con Totito?... Sabes que no me gusta.

—Fué él, papi...

Entremezclando palabras en inglés — influencia de su aprendizaje en el jardín de infantes — explicó al padre la causa de aquella rencilla infantil. Totito había querido que llevara en los vagones del tren sus soldaditos de plomo y las vacas y ovejas de su estancia de juguete.

—Lo hubieras complacido, hijo mío...

—Yes, papi... Lo complací. Pero yo le cobré el flete porque para eso el trencito es mío.

Y mostró, triunfante, un montón de soldaditos de plomo y de animalejos de cartón que poco antes habían pertenecido a su amigo.

—Por cada dos soldaditos que yo llevaba en el vagón tenía que pagarme uno; por cada tres vacas, dos, y por cinco ovejitas, tres.

El padre no pudo menos que admirar el criterio práctico de su hijo.

—Además — agregó el niño —, cuando el trencito esté viejo y no me sirva más, se lo voy a vender para que él juegue... Porque alguna vez este tren no servirá más, ¿no es cierto, papi?



SE llevó a los labios una pastilla de clorato de potasio y la fué gustando lentamente. Sentía en la garganta cierta aspereza provocada por tres horas de debate, en el que empleó todos los recursos de su dialéctica para justificar la compra de una línea ferroviaria.

No ignoraba que aquel ferrocarril, pagado a precio de oro, tenía el valor del hierro viejo. Pero los negocios del Estado imponen gentilezas excesivas que olvida o desconoce el comerciante común. Estaba contento de su éxito porque, salvo un opositor empedernido, todos sus colegas coincidieron en la conveniencia de adquirir la línea férrea.

Cuando la pastilla terminó de disolverse en su boca, el auto que lo conducía entró a los jardines del lujoso palacete.

—¡Cuidado, papi!... ¡Que me lo pisás!

Era su hijo que, pocos metros más allá, jugaba con un trencito. Había tendido los rieles a través del camino que llevaba hasta la escalinata de la casa y el auto tuvo que detenerse. Bajó del coche y avanzó sonriente hacia el niño, que lo esperaba con la locomotora en la mano.

—Do you do, papy?

Hacía dos años que el pequeño concurría a un jardín de infantes donde se le enseñaba el inglés, al mismo tiempo que el idioma nacional. Respondió al saludo cariñosamente, y con celo paternal ayudó a su hijo a colocar la locomotora en las vías. Impulsado por la cuerda, el juguete avanzó sobre los rieles, arrastrando un pequeño corte de vagones. De trecho en trecho, un com-

Se veía a sí mismo retratado en el hijo y nada hay que enorgullezca más a un padre que encontrarse en su propia obra.

—Deja tus juegos... Ven, entremos a casa.

Tomados de la mano subieron la escalinata que llevaba al "hall" de entrada.

—Lita no debe haberme visto... Si no ya habría venido a saludarme.

—También Lita se enojó conmigo.

—¡Oh!... ¿Has reñido con tu hermanita?

—Se enojó porque le pisé la muñeca con el tren.

—¡Qué descuido, hijo mío!... ¿Cómo fué eso?

—Y, papi, mi trencito no tiene barreras y Lita se enojó porque no le quise pagar la indemnización. Además, como ella tuvo la culpa, en castigo le quité el monopatín.

—Este chico me supera — pensó el padre—. Va a llegar mucho más lejos que yo.

Al entrar, en un rincón, Lita hacía desesperados pucheros. Al verlo, corrió hacia su padre y se abrazó a él sollozando.

—Ven, dale un beso a tu hermanita y devuélvele el monopatín.

—Pero, papi...

—¡¡Hijo mío, por lo menos no hagas negocios con tu familia!!

Se reconciliaron de mala manera, pero a los pocos minutos, con la facilidad que tienen los niños para olvidar sus enojos, eran tan amigos como antes.

—Y mamita, ¿dónde está?



—Ahí viene, papi...

Saludó a su mujer y le contó lo sucedido con el hijo.

—¡Qué quieres que te diga, Nemesio! A mí no me gusta nada el modo de ser del nene.

—A mí no me preocupa... Por el contrario, me halaga... ¡Tan pequeño y tan consciente ya de sus actos!

—Pero es que yo veo en él...

—No te preocupes, mujer... Ojalá todos los niños fueran tan inteligentes como él... Tengo la seguridad de que llegará a ser un hombre de provecho.

En ese momento el pequeño, que había retornado a sus juegos, volvió corriendo hacia donde estaban sus padres.

—¡Papi!... ¡Papi!... Me volví a hacer amigo del Totito.

—Me alegro, hijo, me alegro y te felicito.

Miró a su mujer y agregó:

—¿Has visto como tiene buen corazón?

Acarició la cabeza del niño y lo besó en la frente. Entusiasmado, el pequeño prosiguió:

—Yes, papi... Ahora

Totito tiene que darme por cada tres soldaditos, dos; por cuatro vacas, tres, y por seis ovejitas, cinco... Y, además, la banderita y la escarapela del 25 de Mayo...

—¿Cómo? — exclamó la madre.

Abrió maravillado los ojos el padre, y, sin poderse contener, exclamó:

—¡Hijo mío!... ¡Qué grandes eres!... ¡Tú terminarás siendo abogado de los ferrocarriles, no cabe duda!

¿NO ES CIERTO?...



—Y el gobierno se preocupa ahora de exportar peras nacionales.

—¿No le parece que también podría exportar peras extranjeras?...



—Por una divergencia de la provincia con la Comisión de Control de Cambios, el ministro Noble se retira del gobierno "para descansar"...

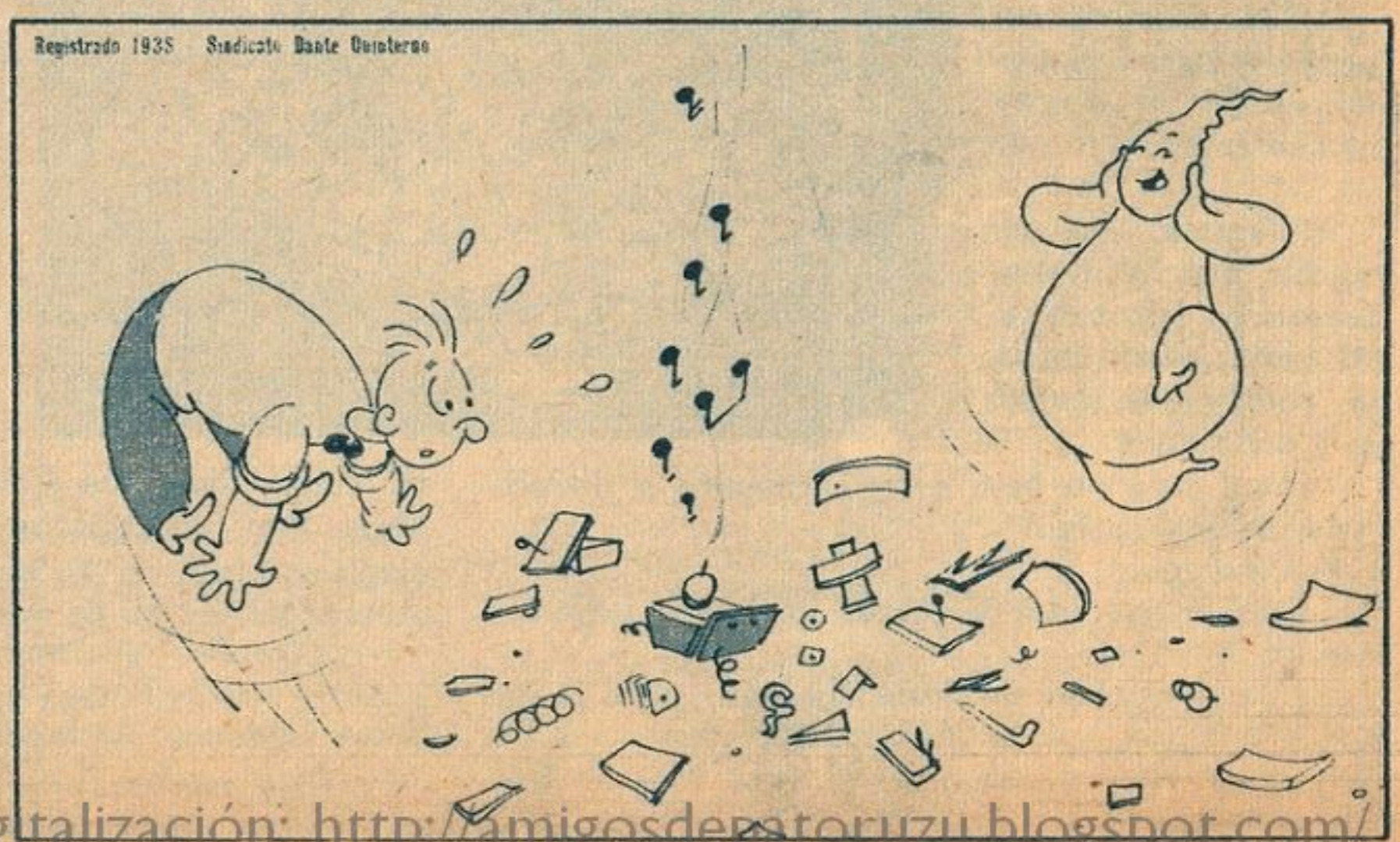
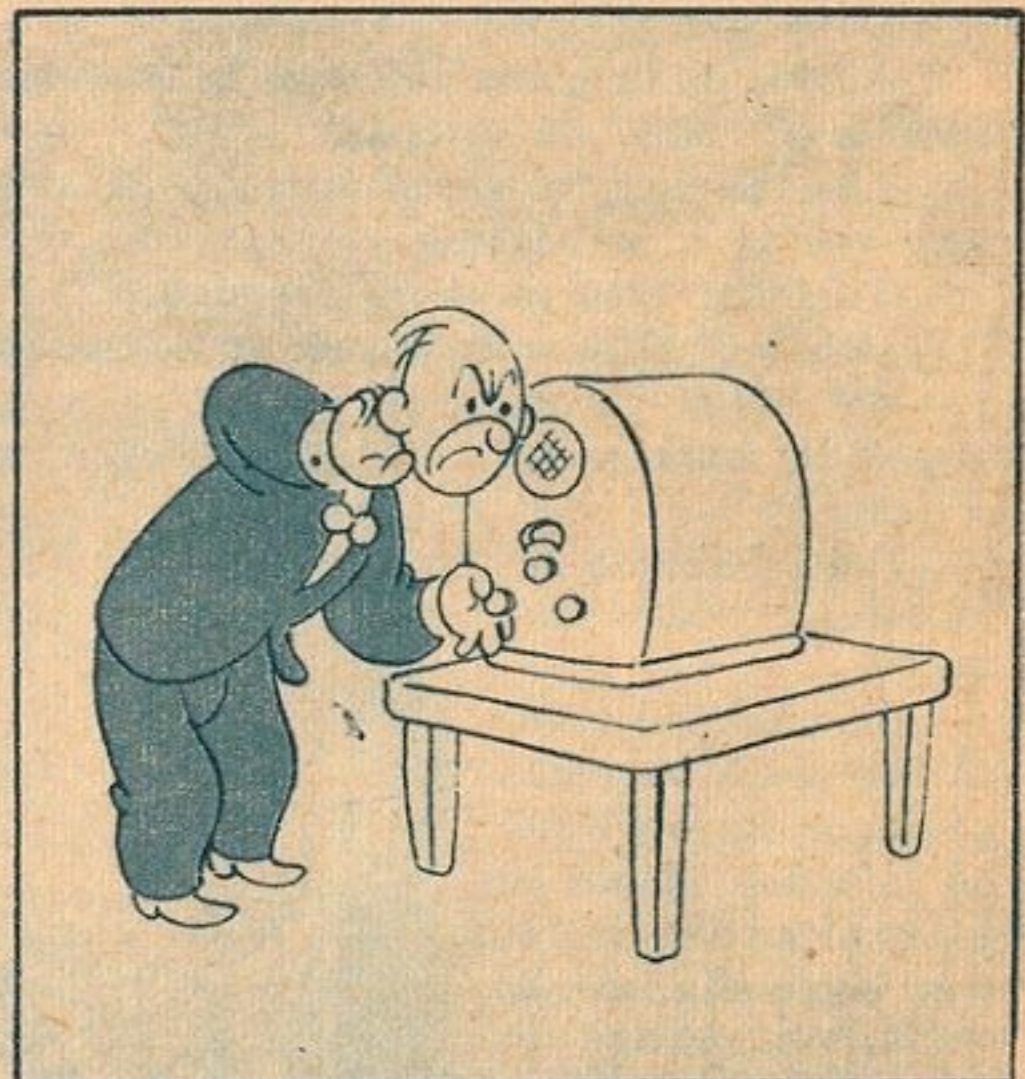
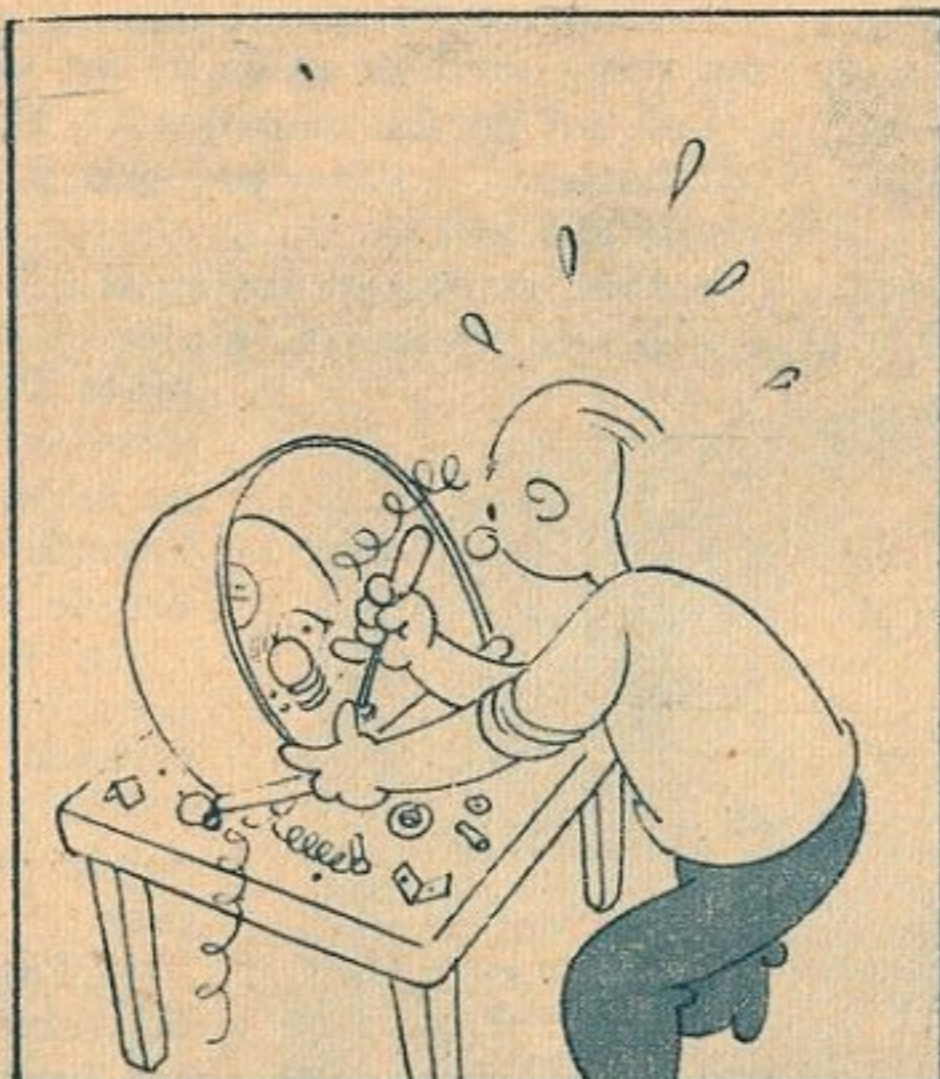
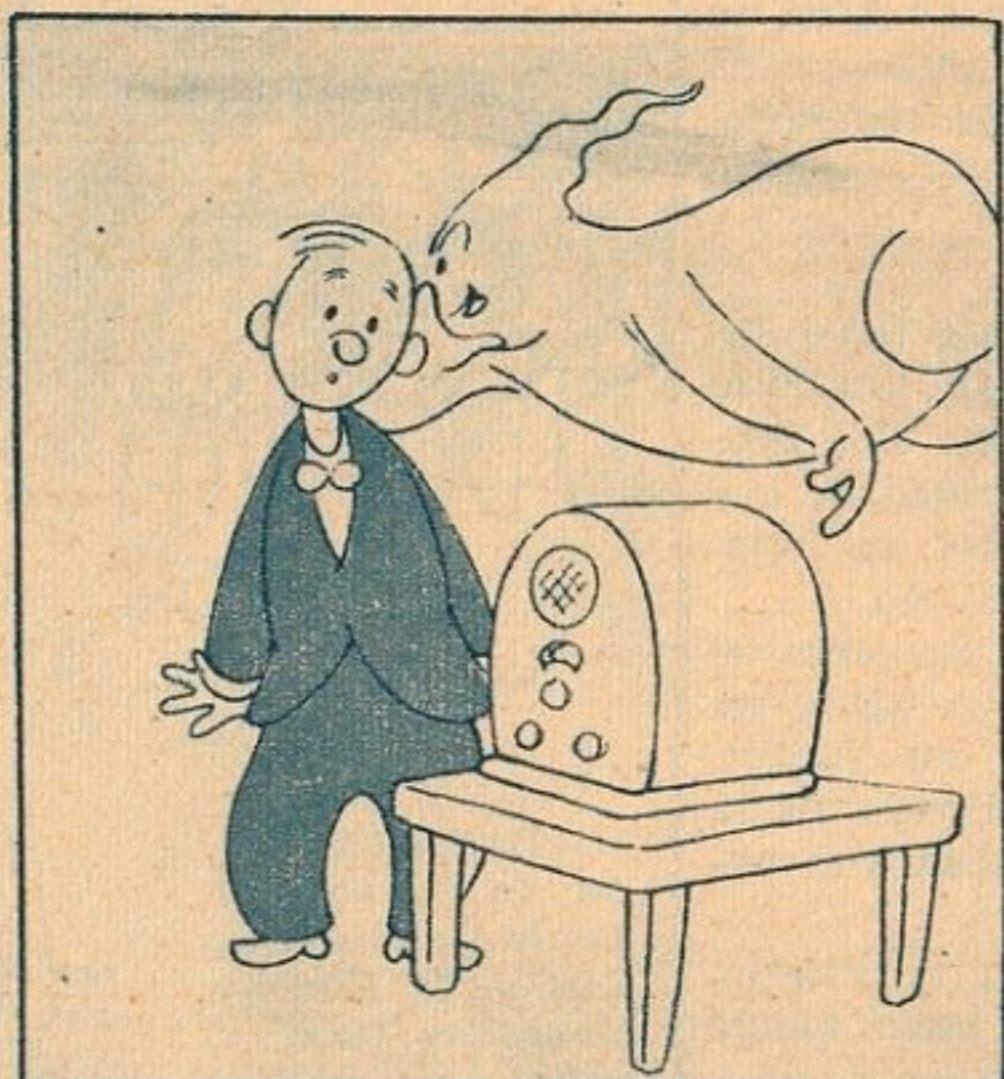
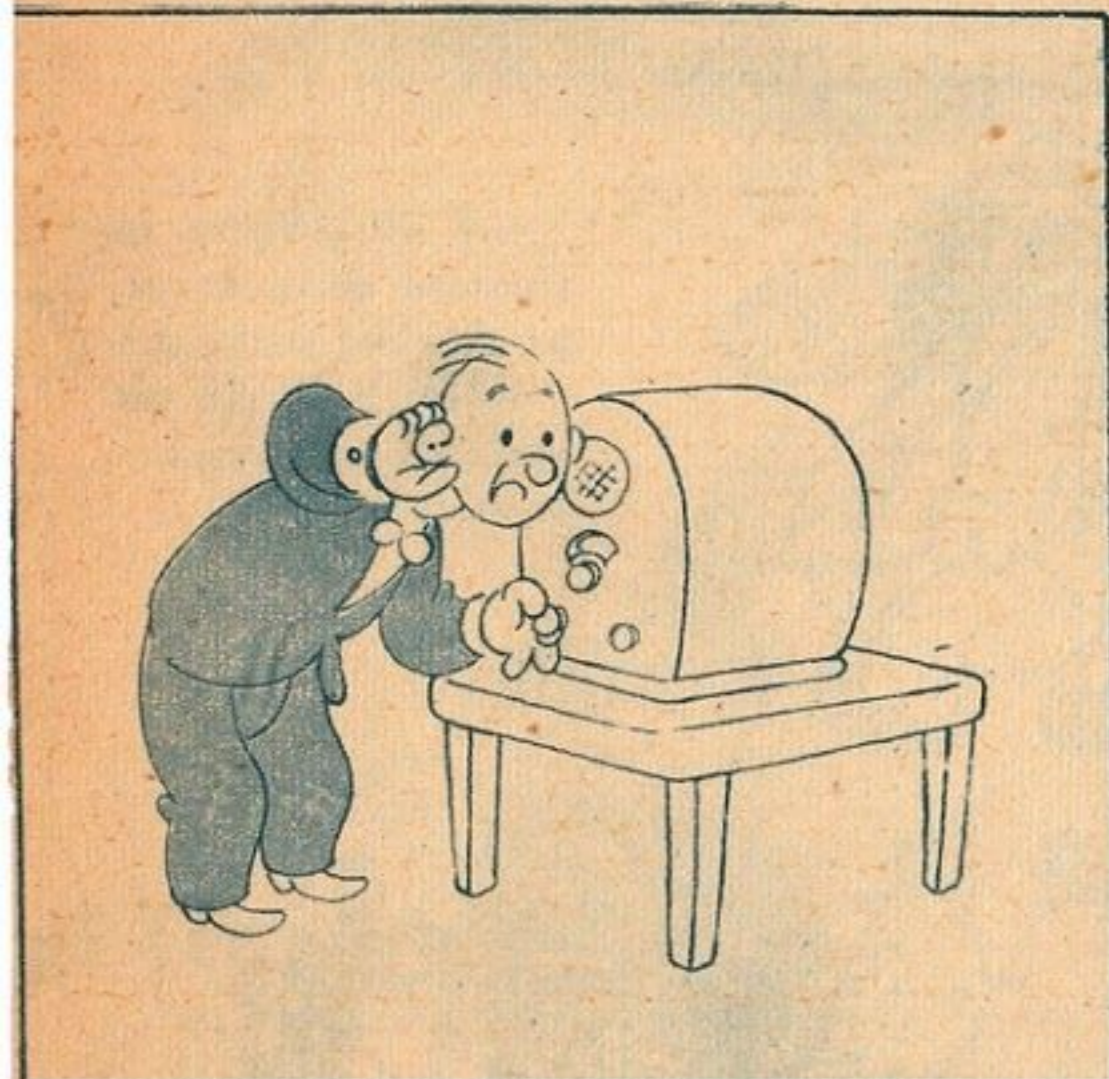
—Descansará en Cacheuta, entonces... El siempre ha ganado mucho con esos cambios de aires...



—Colega, yo no digo que de las doce Conferencias Panamericanas, a celebrarse este año, resulte nada concreto, pero no podrá usted negar lo que favorecemos al turismo...



EL FANTASMA BENITO SE DIVIERTE



VIVISECCION DE LA MUSA

Por UNO CUALQUIERA



OTRA prueba de que el mundo marcha de contramano y el orden de los factores altera el producto nos la presenta este tango ultramoderno:

EL RELICARIO

TANGO CANCIÓN

*Es mi pibe tan bonito
que causa sensación
entre las*

*pebetas de mi barrio
con su pinta de varón.*

En prueba de cariño

un relicario me regaló,

*con un rulito
de su cabello,*

que es un tesoro de inmenso valor;

colgada de mi cuello

siempre verá su prueba de amor;

pero si un día

llega engañarme

sabré vengarme de toda traición.

Letra de E. MARCHIANO.



¡Adónde vamos a parar! Miren ustedes a qué ha quedado reducido aquello de los mozos guapos, compadrones, malevos y bacanes de rompe y raja... Ya lo veo al "pibe bonito" pasearse por el barrio, levantándose el ruedo del pantalón para no mojarse en los charquitos; cierro los ojos y lo imagino arreglándose la ensortijada cabellera, "que es un tesoro de inmenso valor", ciñéndose la chaqueta plisada y haciendo unas caídas de ojo que rendirían de amor a la mismísima Diana Cazadora.

El mundo está perdido, caros amigos míos. ¿De qué sirve andar con la barba de ocho días, fumar del fuerte y lucir una trencha de aborígen? ¡Bah!... Ahora las

chicas se pirran por un pibe bonito, de esos que regalan relicarios con rulitos; los muchachos de antes perdemos terreno ante el avance arrollador de la leche merengada y los sundaes de crema chantilly. ¡Ah, mis tiempos! ¿Qué dirías, Juan Moreira, si vieras a tus nietos regalando rulitos a su novia?...

Un lector fatigado. — Déjese de cuentos, amigo; el asunto es demasiado claro: ¿no se da cuenta que con eso del rulito y el relicario las chicas les están tomando el pelo?



Para matizar la tristeza llorona de un tango, no hay mejor cosa que reforcarse con una milonga. El ritmo de una milonga es alegre, y muy amargado debe ser un criollo para no sentirse contagiado por sus emanaciones optimistas y brincar de satisfacción cuando los bandoneones carraspean sus variaciones y el "chanchonier" entona el estribillo.

Eso pensaba noches pasadas cuando en compañía de varios patoteros sentimentales y reyes del cabaret lloraba a todo trapo en una "boîte porteña". Media docena de tangos habían sido limpiamente ejecutados por la fúnebre típica, y muy pocos eran los bacanes que, después de escucharlos, no nos acordá-

ramos de nuestras esposas escapadas del hogar detrás de las sedas y el champán, o del hijo que abandonó a su viejita en el patio blanco y frío de un frío y blanco conventillo...

—¡Eh, muchachos! — gritó Pilucho Macoco Pololo de Suerte Overa



con el desgarramiento de la letra pertinente:

LA CAMA VACIA

MILONGA

*Desde un lúgubre hospital
donde se hallaba internado,
casi agónico y rodeado*

*de un silencio sepulcral,
con su ternura habitual,*

la que siempre demostró,

quizá con un esfuerzo o no,

desde su lecho sombrío,

un enfermo amigo mío

esta carta me escribió.

Letra de Juan Manuel Pombo.

La influencia de los versos cantados no tardó en manifestarse entre el público presente:

tres patoteros saltaron lo que en otras personas suele ser la tapa de los sesos y diez muchachas que antes en un taller felices trabajaban se colgaron de la araña central.

Hay letras cuyo efecto mortífero supera a la más democrática elección provincial.



FERRO



CUANDO Segismundo descendió del tren en aquella lejana estación, respiró a pulmón lleno.

—¡Esto sí que es vida!... —exclamó alegremente.

Una vaquita blanquinegra movió la cola repetidas veces, como si quisiera darle la bienvenida. Dos burritos rebuznaron. Un perrazo lanudo avanzó con la boca abierta, gruñendo. Segismundo titubeó un instante. El jefe de la estación le dijo:

—No tenga miedo, señor...

LA PRIMERA SALIDA DE SEGISMUNDO

Es mansito, mansito.

Pero el perrazo seguía avanzando y Segismundo sintió miedo, el estremecimiento del miedo, como si le echaran de improviso un chorro de agua fría en la espalda.

—¡Fuera, pichicho!...

—¡Ja!... ¡Ja!... Y tiene miedo no más, ¿eh?... Pero no le digo, don, que es mansito, mansito...

El perro se le fué encima con un ladrido amenazador.

—¡Fuera, pichicho! —gritó despavorido Segismundo.

—¡No le digo!... Lo hace de jugueteón, no más —dijo el jefe al tiempo que sujetaba al animal. Segismundo quiso sonreír, pero no pudo. Optó por salir de la estación.

Entonces volvió a sentirse otro. Olvidó el reciente susto y respiró otra vez a pulmón lleno.

—¡Esto sí que es vida! —murmuró.

—¿Coche, señor? —le preguntó un criollo desde el pescante de una carrindanga.

Segismundo no le hizo caso, embargado como estaba en la contemplación del paisaje.

—¡Qué hermoso pueblo!... —exclamó. Y sus ojos recorrieron las blancas casas con techos rojos; los caminos arbolados; las enredaderas que florecían en los alambrados y sobre las tapias; una majadita de ovejas; un chivo triscando entre las piedras.

—¡Maravilloso! ¡Estupendo! —dijo Segismundo.

Aspiró el aire perfumado y se detuvo a escuchar embobado el canto de los pajaritos.

Llevaba en la mano una valija de fibra, con las muestras del producto que vendía. Porque Segismundo era viajante de comercio de una conocida firma comercial y, por primera vez, salía a vender por el interior del país.

POR M. M.

Se acercó a una casa. Dejó la valija en el suelo y ya se disponía a golpear las manos, cuando apareció otro perro tan grande como el de la estación. Avanzaba hacia él mostrando los colmillos.

Segismundo volvió a tomar la valija y se alejó rápidamente. Una voz de hombre gritó desde los fondos de la finca:

—No tenga miedo. ¡Es mansito, mansito!

Segismundo se hizo el que no oía. Habría caminado doscientos metros cuando se detuvo. Se rascó la cabeza y dijo:

—¿Por qué tendrán perros en el campo? No digo en la ciudad, donde hay tantos ladrones, ¡pero en el campo!...

Pero, como el sol le contagiaba optimismo y el paisaje le daba la seguridad del éxito, Segismundo sonrió.

El triunfo es de los fuertes. Y él, eufórico, lleno de vida, en medio del paisaje campesino, se sentía el más fuerte de los viajeros.

—¡La sorpresa que se va a llevar el jefe de ventas cuando me vea llegar con las listas de pedidos!...

Con su imaginación recorrió las fronteras del tiempo y la distancia vertiginosamente, y se vió, en el escritorio del jefe, con una pila de pedidos.

—Anoté le decía a un empleado —diez tarros. Dos

docenas de tarros grandes. Cuatro docenas de tarros medianos. Catorce docenas. Treinta docenas. Veintidós docenas de tarros grandes...

El empleado, que había fracasado como viajante, lo enviaba.

Segismundo seguía dictando:

—Veinte docenas de tarros. Cincuenta docenas de tarros...

—¡Qué tarro!... — decía el empleado, mordiendo el lápiz.

Una, dos, tres horas, anotando pedidos. El jefe de ventas le estrechaba la mano en presencia del personal.

—Tomen ustedes ejemplo de Segismundo — exclamaba.

Hacía una pausa para luego agregar: —Todos lo creíamos un estúpido. Y ya ven, resultó un gran viajante. La casa, en prueba de estimación, le aumenta el sueldo.

Segismundo corría entonces a la casa de Luisita, su novia.

—¡Luisita! ¡Amor mío!

—¡Segismundo! ¿Vendiste muchos tarros?

—¡Una barbaridad! Me aumentaron el sueldo, Luisita. ¡Nos casaremos el sábado!

—¡Ay, Segismundo, qué felicidad! ¡Al fin, después de doce años de noviazgo!

Y Segismundo se casaba. El jefe de ventas era uno de los testigos. Los empleados le enviaban un regio reloj de oro.

—¡Qué carrera hizo Segismundo! — decían los amigos —. ¡Y todos que creíamos que era un caballo!

—¡Y lo era! — afirmaba el empleado envidioso —. ¡Un caballo... de carrera!

Segismundo soñaba despierto, en medio de la quietud del pueblo, con su valijita de fibra en la mano.

—Todo será una realidad si tengo éxito — se dijo —. ¡Y



qué viajante — agregó — no tiene éxito en un día tan hermoso como éste? ¡Tendría que ser realmente un estúpido!

A cien metros divisó una casa grande, con una torre en lo alto, el gallo de la veleta. De la chimenea salía una columnita de humo. Se veía que estaban cocinando.

A medida que se acercaba, Segismundo decía:

—Aquí haré mi primera tentativa. Precisamente es la casa que andaba buscando. Una casa grande, con muchas gallinas y pollos.

Golpeó las manos. Un viejo de

bombachas a cuadritos, que estaba sentado en el patio, le gritó:

—¡Adelante, don!...

—¿No hay perros?...

—¡Están atados!...

—Discúlpeme, señor ¿Usted es el dueño de casa?

—Para servirlo.

—¿Me permite, entonces? Segismundo Gallino, de la fábrica de productos Pick-Nick, Sociedad Anónima Limitada. Le explicaré de inmediato el motivo de mi visita. He visto que tiene usted un gran gallinero. He visto que tiene, en el gallinero, magníficas aves. Y bien, la casa que yo tengo el honor de representar se especializa en la fabricación de un producto de alto valor vitamínico y nutritivo cien por cien. Un producto llamado Pick-Nick, el alimento ideal para los pollos, las gallinas y los gallos. Rejuvenece a los gallos y a las gallinas. Fortalece a los pollos. Mezclando en el maíz una cucharadita de Pick-Nick, a los quince días el pollo ha aumentado medio kilo. Sus plumas se abrillantan y su cresta se torna de un rojo vivo. Las gallinas que toman Pick-Nick, a los quince días po-

nen tres y cuatro huevos diariamente. Y los gallos, con el Pick-Nick se vuelven pollos.

El hombre ha dicho su perorata sin respirar. El viejo lo escuchó con atención, moviendo cada tanto, afirmativamente, su blanca cabeza.

—¡Bien! — continuó Segismundo —. Y mientras extraía algunos tarros de su valija, decía: —Este es el Pick-Nick para pollitos, éste para pollos adultos, éste... Y éstas son las fotografías en colores naturales de algunos ejemplares finos tratados con las vitaminas P y G, el gran alimento para pollos y gallinas. Vea usted, señor, con sus propios ojos...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — dijo el viejo —. ¿Me permite que vaya a buscar a mi hijo?

Segismundo se restregó las manos, satisfecho.

—Vaya, no más, señor...

El viejo regresó acompañado de un joven.

—Este es mi hijo — le dijo a Segismundo —. ¿Quiere usted hacerme el favor de repetirme cuanto me ha dicho?

—¡Con mucho gusto! Y Segismundo comenzó de nuevo.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! — dijo el viejo cuando hubo terminado —. ¿Has visto y has oído bien, Filomeno?

Y luego, volviéndose a Segismundo:

—Mil gracias, señor viajante. Deseaba que mi hijo tuviese una lección práctica porque mañana comienza a viajar por la Pica-Pica Limitada, una fábrica que produce un alimento insustituible para pollos, gallinas y gallos. A los quince días, tres huevos diarios. A los quince días...

Segismundo sintió que todo daba vueltas. La casa, el viejo, el joven, las gallinas, los gallos, los pollos.

—Pero, ¿qué le pasa, señor? ¿Se siente mal? Debe ser el sol, que es tan fuerte aquí. ¡Señor, señor!

Pero Segismundo no lo oía. Había perdido el conocimiento.





—¡Juan! ¿Te oí yo tirar ceniza sobre el piso?...

EN el corredor del rancho de tejas, sobre un sillón de hamaca, el viejo Patricio se ha quedado dormido. Estamos en la famosa Virginia, donde el calor y la sequía hacen estragos en las plantaciones de tabaco.

—Si no media un milagro — dice Bob a Lilian, los cuales están sentados más acá, sobre el primer peldaño de la escalera de entrada —, la ruina asolará estas tierras... ¡Y lo más triste de todo es que este año tampoco podremos casarnos, querida Lilian!

—Sin embargo — responde Lilian acariciando con sus ojos al muchacho apesadumbrado —, yo tengo fe...

—“Plis”, Lilian, no nos hagamos ilusiones... El crédito está cortado, las provisiones escasean y la miseria nos cerca — Y Bob se yergue, avizorando el fondo del cielo y haciendo una mueca desdeñosa. Luego observa —: Hasta tus pobres flores están marchitas...—Y toma la manguera que tiene próxima y comienza a regarlas, cuyas gotas salpican al viejo Patricio, el cual despierta en un brinco.

—¿Qué? ¿Llueve? — grita el pobre labrador.

—No, padre, ni con Baigorri — responde la muchacha, que algo sabía de los experimentos meteorológicos de Sudamérica —. Es el agua de la manguera...

En eso llegan hasta ellos las notas de un banjo y los coros de los negros luego, que, más allá, clamaban por la lluvia. La escena es tocante. Y Bob, tirándose de los pelos, toma una decisión repentina. Se provee de pico y pala y dice:

—El que quiera seguirme que me siga. Voy a cavar la tierra y extraer agua de sus entrañas. Abriré acequias o lo que sea, pero salvaré la cosecha.—Y marcha hacia el campo seguido por el viejo Patricio, la muchacha, los negros que se unen a ellos en el camino y los demás vecinos desesperados. El calor gotea sobre sus rostros curtidos y el viejo

“THE END”

(LOS ÚLTIMOS METROS DE UN FILM DE LABRADORES)
POR TITO BLUE

Patricio vuelve a confundirse creyendo que llueve. No es para menos. La ansiedad del agua lo hace ver visiones a cada rato. Y cavan, abriendo primeramente un pozo, sin darse descanso. Ya están a treinta metros de profundidad y el líquido elemento no aparece...

—¡Un esfuerzo más! — ordena Bob, pero todos los van abandonando, decepcionados y vencidos. Sólo queda el valiente muchacho, Lilian y su padre. Los negros se han puesto a cantar otra vez. En la boca del pozo, arriba, han llegado todos los acreedores con sus cuentas, los que no quieren saber de cuentos y exigen al viejo Patricio el cumplimiento de las hipotecas y el pago de las conservas. Todo parece estar perdido, mas en eso Bob halla al fin la tierra blanda y grita desde abajo:

—¡Agua! ¡Ya di con el agua! — Pero también se ha confundido. No es agua lo que sale del pozo, sino un chorro negro que salta hacia la superficie como una vertiente —. ¡Petróleo! — corrige, loco de alegría —. ¡Es petróleo!

Sale el muchacho afuera y se abraza con Lilian. La riqueza había premiado el esfuerzo del muchacho.





—¿No ha visto una pelotita por acá?



AGUA

—¡Ruperto!...
¡Otra vez te olvidaste el número de nuestra casilla!



SALADA

—¡Sí!... ¡Cada uno que salva se hace tatuar el autógrafo!



— No te parece que es un aprovechador?... Desde que el médico le dijo que tiene lombrices no se muere de la escollera!



El de la cañita. —¿Molesto?...

UN REGALO QUE SERÁ BIEN RECIBIDO

MUÑECOS

PATORUZU



EN FINO PAÑO LENCI

TAMAÑO 67 ctms. \$ 25.—

„ 45 „ „ 15.—

„ 30 „ „ 4.50

„ 25 „ „ 1.95

EN GOMA LATEX IRROMPIBLE

UNICO TAMAÑO \$ 3.95

PULSERA con dijes PATORUZU y UPA „ 4.50

PRENDEDOR con dijes PATORUZU y UPA „ 4.50

EN VENTA EN LOS PRINCIPALES BAZARES Y JUGUETERIAS

INDUSTRIA ARGENTINA

AHIJADO Y PADRINO



—¡Y ahora vá a ver qué ejemplares saca este campeón!



CUANDO Lucas Ouviaña me dió la noticia de que el diario lo mandaba nada menos que a Sudáfrica como corresponsal, le di un abrazo y lo felicité. Lo felicité porque esa circunstancia disminuía mi presupuesto de cigarrillos, a los que era tan afecto Ouviaña, y porque a la vez descontaba su ofrecimiento.

—¿Qué querés que te mande de allá?

—¡Hombre..., lo que se te ocurra, imagínate!

Me mandó un panamá, con un amigo que hacía el viaje desde Sudáfrica a Buenos Aires. Es decir, aprovechando el viaje del amigo, mandó cinco panamás para otros tantos amigos.

La vez que mi tío, el de la Handerchifle Corporation, estuvo en Estados Unidos para estudiar la supresión de los dobladillos en los pañuelos, a su regreso fuí al puerto a recibirlo y me halagó diciéndome:

—¡Hombre! Te he traído un regalito.

Lo tenía en la valija, pero no me asombré mucho de la sorpresa. Era un espléndido panamá, legítimo.

Hace poco menos de tres semanas estuvo a verme Jeremías Giordano, uno de mis compañeros del colegio y que hacía justo 28 años que no nos veíamos. Grandes abrazos y efusividades. Media hora de remembranzas y al final noticias:

—Sí. Me ocupo de un corretaje. Un negocio espléndido. ¡Hombre! A vos te va a venir magníficamente.

—¿De qué se trata?

—Recibo unos panamás legítimos. Formidables. Te mandaré uno. Si te gusta, te quedas con él...

—Pero...

—Nada. Lo ves y lo compras. Por otra parte, ya sabes que yo soy tu amigo.

Me lo envió al escritorio con la factura. Lo tengo en el ropero.

Hace cosa de 8 días, cuando ya había salido la noticia en todos los periódicos, mi preciosísima mamá política, que es una segunda madre para mí (según ella) recordó la fecha de mi cumpleaños. Me miró largamente, como si estuviese confabulando algo sobre mi persona, y juro que tuve miedo de esa mirada y la sonrisa enigmática que la acompañaba.

No pudo más y me dijo:

—Pasado mañana es su cumpleaños, Clodomiro. Le tengo reservada una pequeña sorpresa.

Me traje de regalo un panamá legítimo. Es decir, tengo un verdadero "stock". Tengo cuatro panamás legítimos y mi excelentísima esposa no me deja asomar las narices a la puerta de calle. Por el contrario, mi mamá política (una segunda madre, según ella), dos veces que fuimos al balneario desde su regalo, me preguntó, cándidamente:

—Y dígame, Clodomiro, ¿no lleva el panamá? Que poco honor le hace a mi regalo... ¡Víbora!

He hecho tasar los panamás por un amigo sombrerero y le ha adjudicado un precio de \$ 250 en conjunto. Y valen más. Estoy seguro. Hice una tentativa para desembarazarme de uno de ellos y se lo regalé a Cipriano, el marido de la cocinera. Él no sabía el valor del panamá. Y no sabiendo darle otro destino, lo utilizó como sombrero para su equino, pues tiene un coche de plaza. Vino disgustadísimo.

—Pero... ¿tuvo usted algún inconveniente con el panamá?

—¿Lo qué? Si tuve... Pues le digo que Hortensio (Hortensio se llama el caballo) no sale más a la calle con él puesto... Aquí se lo traigo de vuelta. ¡Patotero!

—Pero acaso, Cipriano, ¿le han observado el panamá a su caballo? Ha llegado a tal grado el celo policial, que después de cincuenta y tantos años de contrabando profuso y multiforme, se la tomen con el sombrero de un pobre equino?

—¡No! ¡No crea usted eso!...

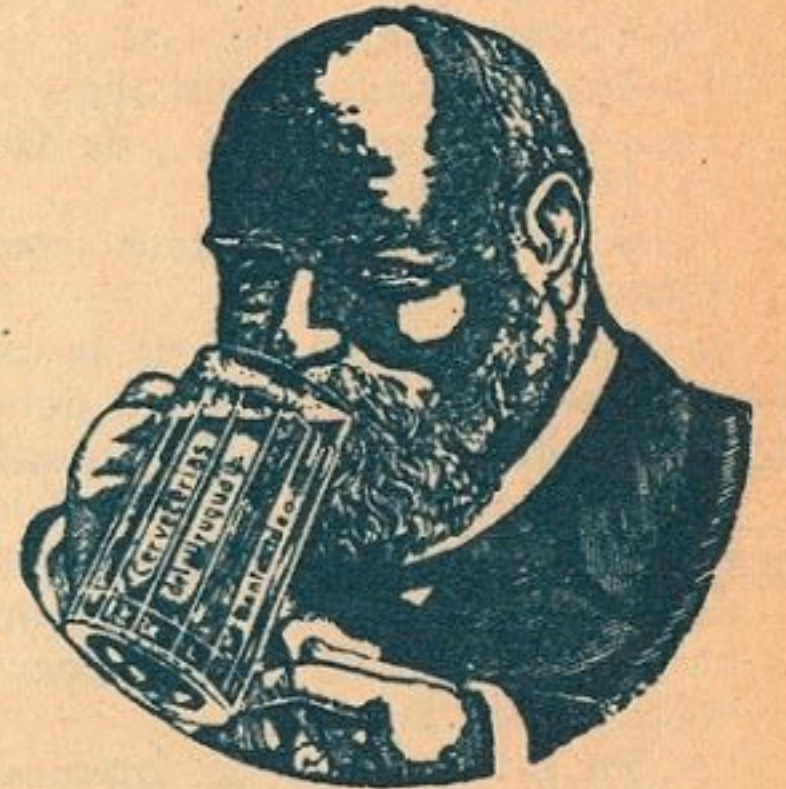
—rugió Cipriano—. ¿Pero le parece poco lo que tengo que sufrir como Mateo, para que todavía dé un motivo más para que me cachén?...

—¿Que lo cachén?

—Sí. Desde que salí no ha pasado uno por al lado de Hortensio que al verle el panamá no me gritase: "¡Devuelvelo!" "¡Contrabandista!" Y esto, ¿no lo puedo tolerar! ¡Ahí lo tiene y gracias!



¡VEN SU
ESTADA EN
MONTEVIDEO!



EXIJA

CERVEZA

"DOBLE URUGUAYA"

"CERVECERIAS DEL URUGUAY"

CUENTOS FAMOSOS

UN día se presentó en mi casa un hombre hirsuto (yo recibo muchas gentes hirsutas). No se había lavado, ni peinado, ni cepillado. Sus maneras hicieronme comprender inmediatamente que tenía ya descubiertas todas las verdades que se encierran en el vino.

—¿Usted no me conoce, verdad?

—Efectivamente... No tengo el honor...

—¡Vamos! ¡Míreme un poco!

—¡Ah, sí! No le he reconocido por culpa de esos largos cabellos.

—Sin embargo, me los corté ayer tarde.

(Dios mío, ¿qué largura alcanzarían anteayer?)

—Le conozco a usted, ¡vaya si le conozco!... Es usted el señor..., el señor... Guillermo, ¿verdad?

—Sí, eso es..., Alejandro.

—Cierto, Alejandro Gal.

—No, Alejandro Schirting.

—¡Ah, ya recuerdo..., de Debreczen!

—No, de Miskolcz.

—Ahora caigo. Fuimos compañeros de colegio.

—No tanto, pero viví en la casa que levantaron sobre el solar donde estuvo la de usted. ¿Se acuerda ahora?

—¡Dios mío, pero si de esto hace un siglo! Yo no conservo de aquel tiempo otro recuerdo que el disgusto que me causaba la papilla de harina; sin embargo, entonces no podía comer otra cosa, pues todavía no tenía los dientes.

—Yo me acuerdo de entonces; yo fui quien le enseñó el arte del columpio.

—Tan bien me lo enseñó usted, que todavía lo ignoro.

—Y para que vea, ha faltado muy poco para que yo no sea usted y usted fuese yo.

—Ignoro quién habría perdido en el cambio.

—Le ruego no bromea de ese modo. Yo no soy más que un pobre escriba; me colocan ante los ojos un papel escrito y tengo que copiarlo en otro papel.

—Lo mío es todavía peor: tengo que copiar las cosas pero sin que me pongan ante los ojos ningún escrito.

—Sí, pero mi trabajo a veces no me vale más que injurias.

—Y a mí, con frecuencia, hasta me persiguen con amenazas.

—No lo crea. Por ejemplo, me faltan ya ocho dientes. El año pasado, como regalo de Pascuas, me arrancaron tres a la vez, uno malo y dos buenos...

—Basta de bromas, yo hablo seriamente... Usted debería ser yo, y yo debería ser usted.

—¿Cómo ha sido que la suerte ha trocado nuestras respectivas boletas de alojamiento?

—¡Oh, señor, se trata de una interesante historia. Cuando se la cuente a usted, comprenderá que tengo razón. Yo tuve una madre...

—¿De veras?...

—Sí, yo tuve una... Yo tuve una madre que fué, en su tiempo, una muchacha muy linda. Pero, entonces, yo todavía no la conocía.

—¡Asombroso!

—Entonces, de esto hace tiempo, mucho tiempo, su padre de usted pidió a mi madre en matrimonio, o, por mejor decir, a la que todavía no era mi madre, pues estaba soltera.

—Nada de eso lo veo claro, porque todo son referencias que a usted le han dado.

—Perdón, estoy de ello muy seguro. Si ella hubiera tenido sentido habría aceptado. Pero, la pobre, era una criatura bastante ligera..., y con su ligereza me hizo un gran perjuicio.

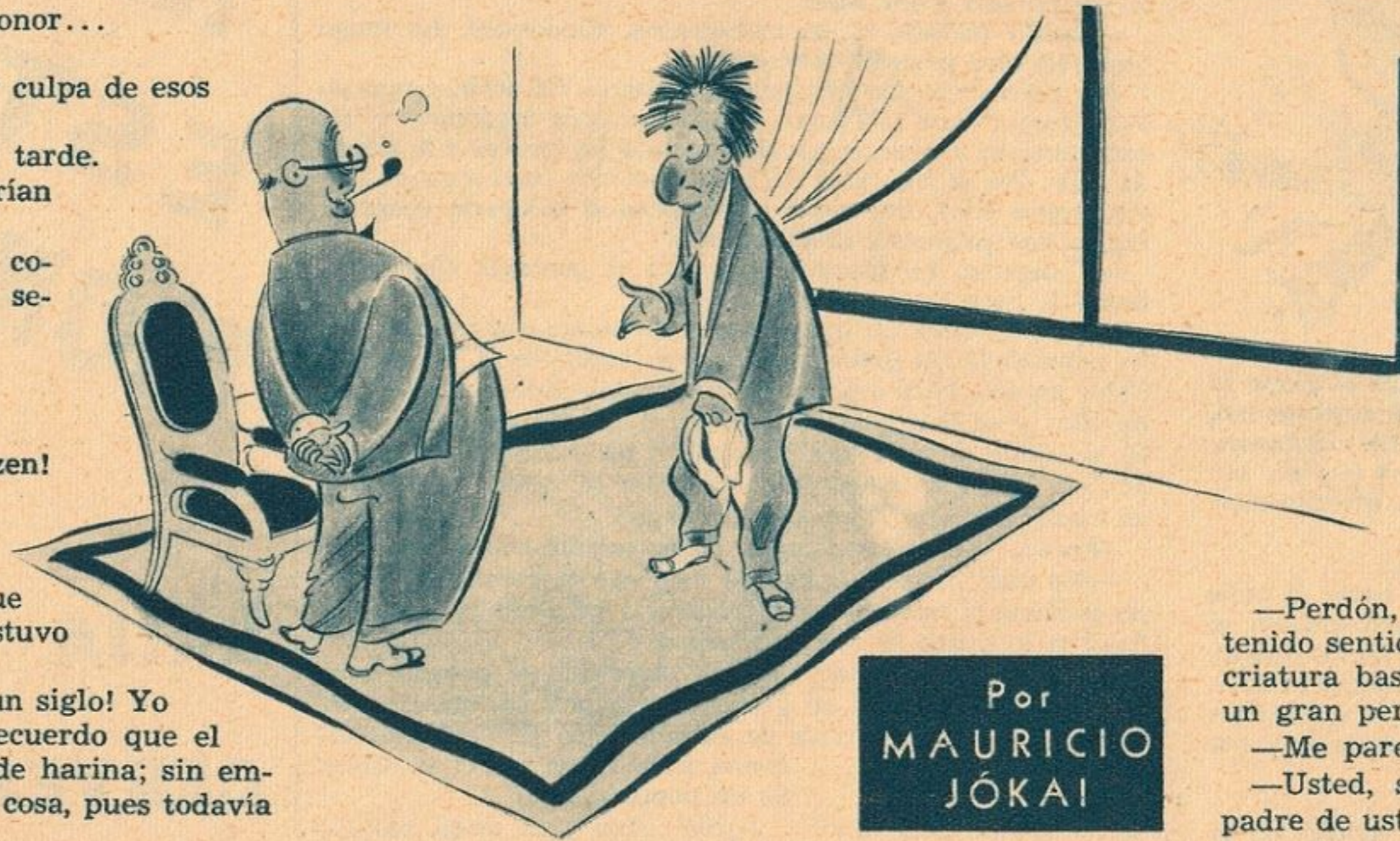
—Me parece que no está usted en lo cierto.

—Usted, señor, habla con demasiada facilidad. Su padre de usted llegó a la gobernación; está usted, pues, *intra dominium*. Verdad es que cuando pidió a mi madre no era todavía más que un abogadillo, pero eso en nada cambia el asunto. El segundo que postuló la mano de mi madre era un ingeniero, uno de cuyos hijos está empleado en los ferrocarriles de Debreczen, con un sueldo de 2.000 florines. El otro es intendente en casa del príncipe de Coburgo. El tercero es capitán, de carrera larga...

—Naturalmente, usted sería ahora los tres...

—Sí... Pero ella no se casó con el ingeniero. La tercera demanda de matrimonio fué la del pastor protes-

YO LO HUBIERA SIDO



Por
MAURICIO
JÓKAI

—Sí, pero el nombre de usted es conocido de muchas gentes.

—También el nombre de Sobri Jóska (1) es conocido de mucha gente.

—Bueno, pero usted tiene más dinero que yo.

—Si usted quiere, cambiemos nuestras deudas.

—¡Diablo!, pero su cabeza tiene más valor que la mía.

—¡Ca!, no lo crea usted; mire: mis cabellos se han caído y usted tiene todavía los suyos.

—Sí, pero, ¿y lo que hay dentro de su cabeza?...

(1) Célebre bandido.

tante de Mátyásföld. Mi madre no lo quiso. También se casó con otra mujer; pero no tuvo ni hijo ni hija.

—He ahí algo que hubiera sido perfecto para usted.

—No... En cuarto lugar, mi madre fué pedida por el señor Cserependy Pergö Boldizsár. ¿Conoce usted al señor Cserependy Pergö Boldizsár, no es verdad?

—No, pero conozco al señor Rákospalotay Hutívay Sándor.

—¡Diablo!... De todos modos estoy seguro de que usted no conoce hombre mejor que el señor Cserependy Pergö Boldizsár.

—No es suscriptor de mi periódico.

—Vea usted, posee cinco mil hectáreas junto al Tisza, y para toda esa tierra no tiene más que un solo hijo.

—Cómo, ¿y él solo labra toda esa tierra?

—No bromea usted. Ese joven tiene para él cuatro caballos. Cuando suelo encontrarle, pienso siempre en que sería yo quien ocuparía su carroza, el que guiaría los cuatro caballos, el que daría órdenes al cochero... Sería a mí a quien saludarían en las posadas; a mí a quien contemplarían desde sus ventanas las bellas condesas... ¡Ah, mi madre me hizo un gran perjuicio! Calcule usted que eran ya prometidos..., las invitaciones se habían enviado..., el contrato de boda estaba redactado...; faltaba sólo un pelo para que yo fuese el heredero del señor Cserependy Pergö Boldizsár. Pero el día de la boda, una hora antes de la ceremonia, huyó con un maestro de música alemán y se casó con él.

—¿Y después?

—¿Después?... ¿Puede ocurrir algo peor? Si ella se hubiera casado con el señor Cserependy, yo sería hoy el heredero de un dominio; en cambio, sólo lo soy de un violín y de algunos cuadernos de música.

—Es verdaderamente original no estar contento de su padre.

—Sí, señor, lo estaría si yo hubiera podido escogerlo

a mi gusto. Estimo a mi padre: fué un buen hombre; pero..., ¿por qué no se casó con otra mujer? Resulta una cosa terrible el que un hijo, que es el verdadero interesado, no tenga derecho al voto cuando se trata de escoger su padre.

—Cierto. El barón de Rothschild tendría en seguida tan gran cantidad de hijos que no sabría el número.

—Sí. ¡Pero si, al menos, mi madre se hubiera casado con aquel de sus pretendientes de quien más dichoso pudiera uno sentirse hijo!... He aquí que la suerte quiso favorecerme, que fui un candidato de la fortuna, pero que un error me despojó de mis bienes y no alcancé a ser lo que debiera haber sido.

—Entonces, usted no está contento de su persona.

—¿Cómo podría estarlo? Tres veces por semana



no como más que patatas. Quisiera ver lo que usted haría si se encontrase en mi lugar.

—Lo primero me lavaría.

—Déjeme usted en paz. Me he abandonado completamente porque no tengo en mi cuerpo un solo miembro del que esté contento. Detesto mis manos porque son torpes; detesto mi cabeza porque no puedo aprender nada; detesto hasta mis cabellos porque son rebeldes al cepillo. ¡Ah! Sé bien que mi cara no es hermosa; por eso no me lavo. No daría por mi persona, tal como yo la veo, ni una moneda de cobre... Envidio a todo el mundo; envidio los trajes



a los grandes señores, el talento a los sabios, la gloria a los poetas, su estatura a los buenos mozos, los brazos robustos a los obreros, la loca fortuna a los mercaderes... Envidio la felicidad a los hombres casados, el porvenir a los niños judíos; envidio a todos los que saben, hacen o poseen alguna cosa, porque yo nada sé, de nada soy capaz y nada tengo. Y, sin embargo, debo cuidarme de mí. A menudo, fatigado por haber garabateado demasiado, me pregunto por qué trabajo. ¿No sería mejor descuidarme, dejar que mis botas se rompieran, no desabotonar nunca mi chaqueta, no comer más que los tronchos de col que tiran en el mercado? ¿Por qué sentir estimación hacia mí, si no tengo ninguna razón para estimarme?

Comencé a comprender que en aquella escena había menos motivos para reír que para llorar.

—Pero —le dije— ¿por qué viene usted a mi casa? No puedo creer se haya tomado usted por un hijo sustituido y pretenda cambiar su situación por la mía.

—No, pero no teniendo a nadie en este gran Budapest a quien dirigirme, yo le pregunto a usted: si, por un capricho de la fortuna se encontrase usted en mi puesto, ¿qué haría?

—Venga dentro de una semana y se lo diré.

Escribí a uno de mis amigos, intendente del conde K..., preguntándole si podría dar ocupación a un hombre joven e inteligente. Al cabo de una semana mi extraño tipo había podido encontrar un empleo. No volví a verle en dos años; oí decir que había muerto. Pero el otro día entró en mi casa. ¡Oh, milagro! Venía cuidadosamente rizado y con guantes.

—¡Hombre! ¿Cómo tan elegante? —dije.

—¡Ah! —me respondió resuelto—. ¡Soy novio!..., y de una muchacha encantadora, la hija de Kasznar, que me quiere mucho. No sabría describir el tono con que dijo: "Que me quiere mucho".

—Y ahora, ¿se cambiaría usted por el heredero del señor Cserependy Pergö Boldizsár?

—¡Ca! ¡Ahora no me cambiaría ni por el emperador de la China!

DESDE que llegué de Hollywood no había presenciado un caso así. ¡Un director entusiasmado con el cómico de su película!

—¡Fenómeno, Dick! ¡Fenómeno! — me dijo este director una tarde —. ¡Una catarata de chistes! ¡Un monumento! ¡Ríase usted de las tres gracias! Este tiene mucha más... Con un sistema especial, que he



descubierto yo, le hago rendir en mi película un porcentaje desconocido de comicidad... ¡De comicidad completamente original!

—Supongo que tendré que entrevistarle... — le dije, sin participar del todo de su entusiasmo.

—¡Véngase conmigo! ¡Lo llevo hasta el estudio! — exclamó el director poco menos que empujándome hacia su auto —. Precisamente tengo que filmar unas escenas con él.

Llegamos al estudio, y me presentó

al cómico. Era Marcos Caplán. El gran Marcos Caplán.

—¡Cho gusto! — me dijo Marcos, estrechándome la mano —. ¿Usted no es catalán?

—No — le contesté asombrado.

—¡Qué lástima! — se lamentó Caplán —. Porque si usted fuera un periodista catalán podría empezar diciéndome: ¿Ca plán tiene usted para el futuro?

—¿No ve? — terció el director, alborozado —. ¡Fenómeno! ¡Se lo dije!

—¿No tenían ustedes que filmar? — objeté suavemente, dando un tono despreocupado a mi voz.

—¡No! ¡No se preocupe por la película! — se apresuró a decir el director —. Tómese todo el tiempo que quiera para el reportaje. Yo espero con ustedes.

DICK HERO EN LA ARGENTINA
¡HAY QUE DEPURAR A LOS COMICOS!

tizado.

—¿Será por sus chistes alemanes? — deslicé, candorosamente.

—No — me contestó, sonriendo —. Porque allí los marcos están en suba.

—¡Ja!, ¡ja! (éste no fui yo, sino el director). Seguí no más, Marquito, que vas bien.

—Usted se extrañará que yo no lleve chaleco — siguió Caplán, sin darme tiempo a respirar —. Es que el chaleco es una prenda muy egoísta.

—¿Por qué? — pregunté, mecánicamente.

—¡No se le puede tirar la manga!

—¡Colosal! No te parés, Marquito, seguí, seguí la tirada — terció el director.

—A propósito de tiros — siguió no más el otro —. ¿Sabe usted en qué se parecen cincuenta pesos a una escopeta?

—No sé — le dije mareado.

—En que los dos sirven para ir tirando...



ángulos, el sin igual Marquito me contó el cuento del loro que el chico subió a buscar a un árbol, pero no lo bajó "porque estaba verde"; el del gato, que es cuatro veces animal, porque es gato, y araña, y cuando "te lo dan por liebre en un restaurante, es mula", y treinta o cuarenta más por el estilo, hasta que, afortunadamente, el director lo detuvo, y

—Además — siguió diciendo Caplán —, aunque usted no me lo pregunta, ni sea catalán, en el futuro pienso irme a Alemania. Allí estaré bien co-

tomándolo de un brazo, le dijo:

—Suficiente, Marquito. Dejalo al señor. Y ahora que largaste el lastre, vamos a filmar.

Me quedé, como borracho, viéndolo irse.

—Es mi sistema, ¿sabe? — me dijo el alevoso director, deteniéndose un instante



— Ahora no hay peligro de que me haga en la película un chiste malo...

—¡Perdóneme que lo haya utilizado como conejito de la India! Una vez los periodistas, tenían que sacrificarse por el público...

CORREO CINEMATOGRAFICO

DOBLE I.—Así que el argumento de "De la sierra al valle" le pareció una "paivada"? Es bueno usted con sus errores ortográficos...

TRIFON III.—Es ese un título poco comercial. Los empresarios casados, como usted, van a tener miedo de pedir naranjas respectivas salgan diciéndoles, agitando el palo de amasar: ¿Así que la cosa es por docenas, eh?

PALOMO.—He visto a Alberto Vila como protagonista de la película uruguayana "Soltero soy feliz". En cuanto a la película, vila, también. Y oída. Si decrece en esta temporada el turismo sabre Uruguay, sabremos el motivo.

Qué alboroto! Don Pancho entró a casa ufano y echando humo del toscanín que me hizo acordar en seguida a la locomotora del manisero. Y cuando mi patroncito echa tanto humo es porque el hombre, sin vuelta de hoja, está de buen humor. ¡Y no era para menos!

LA FAMILIA DE PANCHO ARGÜELLO

(UN ARGENTINO 100 x 100)
POR EL LORO DE LA CASA

—¡Las pantuflas, el pijama! ¡Pronto, manga de inservibles! —gritó don Pancho contento y posesionándose del sillón de hamaca a la espera de las corridas de Luisito, o de doña Josefa, o de Mechita, o de Ofelia, que todos corren cuando vuelve medio insolado de andar por las calles durante el día.

Doña Josefa fué la que apareció con el pijama y Luisito con las pantuflas.

—¡Aquí tienes, Panchito! Debes de estar cansado.

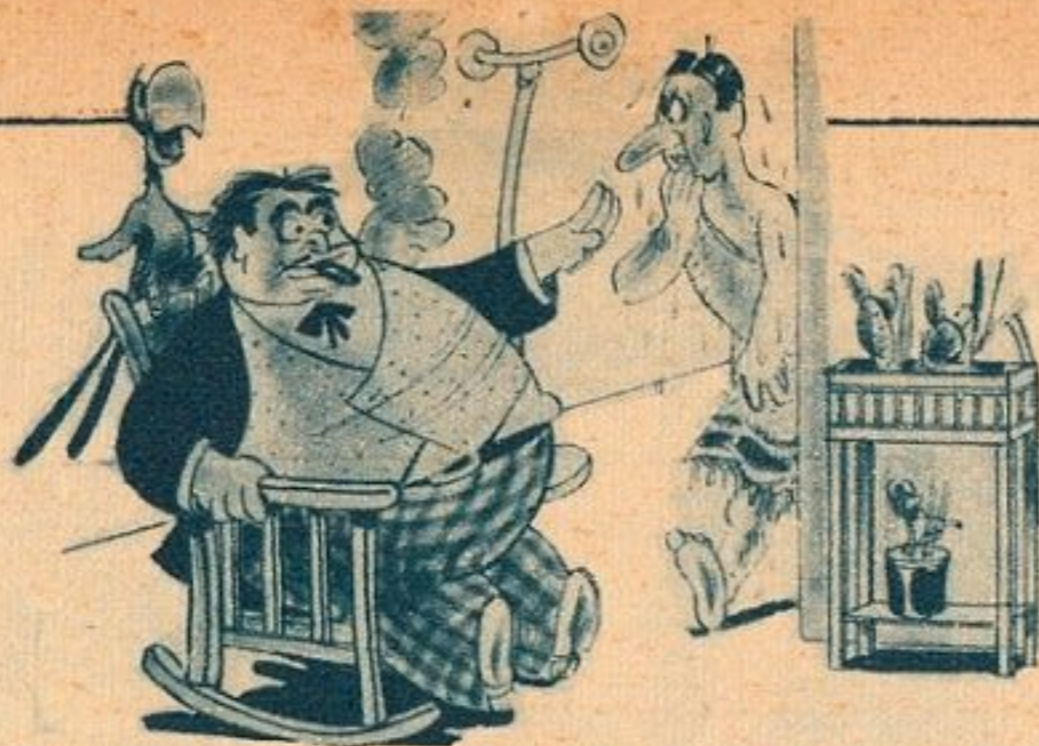
—¡No! ¡Si me debo haber estado apantallando todo el día!

—gruñó—. De lo único que me alegro —siguió para lanzar el bombazo— es de haberle conseguido un empleo a Lorenzo.

Lorenzo estaba en la bañera. Fué oír eso y asomarse al patio envuelto en la toalla de baño como si hubiera escuchado una noticia de defunción a juzgar por la cara que traía.

—¿Qué? ¿Un empleo? —inquirió sin terminar de secarse.

—Sí, señor. Le he conseguido un puesto de corredor en mi ex radio —explicó don Pancho poniéndose las pantuflas—. Desde hoy me ascendieron a inspector y pedí ese puesto para usted.



La bobalicona de Ofelia todavía estaba durmiendo la siesta, pero algo debió de haber oído entre sueños porque apareció en el patio para oír las últimas palabras.

—Papá, ¿tu radio, has dicho tu radio?... ¿Un empleo?...

—¡Sí, m'hijos! ¡Mi ex radio!

Por la forma en que preguntaban, cualquiera hubiera dicho que no se alegraban con la noticia. Ni Ofelia, ni Lorenzo. Ni siquiera doña Josefa, que, por lo visto, ya estaba acostumbrada a que su yerno viviera en continuo picnic.

—¿No será mucho trabajo... para empezar? —se animó a preguntar Ofelia.

Don Pancho la fulminó con la mirada, volvió a formar una cortina de humo con el toscano y, sin poder contenerse, gritó:

—¿Mucho trabajo? ¿Mucho trabajo? ¡Hace quince años que lo vengo recorriendo todos los días de punta a punta!... ¡Yo... que ya he pasado los cincuenta! ¿Mucho trabajo? ¿Todavía lo pregunta?

Ofelia optó por ir a continuar la siesta y en cuanto a Lorenzo no vaciló en hacer un mutis por el foro. Como bien dijo don Pancho, linda manera de recibir la noticia de un empleo un cesante de la Defensa Agrícola.

LORENZO, CORREDOR



A la mañana siguiente, don Pancho saltó de la cama cuando el despertador de Lorenzo indicaba una media hora de antelación a la de mi patroncito. Tuvo que ir a despertarlo. Y, menos mal, se despertó. Doña Josefa se levantó también a "darle dos mates por lo menos".

—Recorreremos medio radio por la mañana y medio por la tarde. ¡El día alcanza de sobra! —dijo don Pancho.

Pero Lorenzo, podría jurarlo, estaba asustado. Él, es claro, no se conformó con los dos mates de doña Josefa y se tomó una taza grande de cacao, a la que acompañó con un pan de diez. No terminaba nunca y mi patroncito desde la puerta tuvo que pegarle el grito. Salieron. ¡Por fin!...

Durante toda la mañana, Ofelia parecía un alma en pena. No se resignaba a que "su Lorenzo" hubiera ido como el común de los mortales a trabajar. Tenía miedo que le hiciera mal, así tan de golpe. ¡Y ni que se lo hubieran dicho!

A las 12 llegó Lorenzo. Pero no por sus propios medios. ¡No! Lo traían dos señores y don Pancho, que venía asustado

de veras. Descompuesto horriblemente, el gznápiro parecía que se moría sin remedio. ¡Qué corridas! ¡Qué de gritos! ¡Qué de: "¿Te sentís mejor?" y de "¿Se te está pasando?"!

Recién cuando reaccionó, respiró don Pancho. Ofelia estaba indignada.

—¡Se lo dije, papá! —exclamó la bobalicona mientras le ponía hielo a su marido—. ¡Lorenzo no está acostumbrado!

Don Pancho, evidentemente, no tenía la conciencia tranquila. —¡Caramba! —se disculpaba que me daba pena—. Lo llevé a recorrer medio radio, tal como lo he venido haciendo durante 15 años. ¿Me imaginaba que se insolaría el hombre?

Por poco se me llenan los ojos de agua. Nunca lo vi a don Pancho tan apenado. También, ¡qué bárbaro!...

Estudie una Profesión Lucrativa

Enseñamos por Correo: ● OTORGAMOS DIPLOMAS

- RADIO
- AUTOS
- SASTRE
- DIESEL
- MODISTA
- COMERCIO
- TENEDURIA
- CONTADURIA
- DIBUJANTE
- ORTOGRAFIA
- ARITMETICA
- CALIGRAFIA
- PUBLICIDAD
- VENDEDOR
- TAQUIGRAFO
- PROCURADOR
- CONSTRUCTOR
- ELECTRICISTA
- CORRESPONDENCIA

Reconocemos lo pagado en otra escuela. Devolveremos el dinero al alumno desconforme, el primer mes.
REGALAMOS las lecciones, papeles, sobres, carnet y equipo.
Fundadas el 2 de enero de 1915, son las Escuelas más importantes.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

689 - Avda. Montes de Oca 695 - Buenos Aires
(Palacio propiedad de estas Escuelas)
Director: PATRICIO C. RYAN, Bachiller y Contador

NOMBRE.....
DIRECCION.....
LOCALIDAD (15).....

Envíe este cupón y recibirá informes.

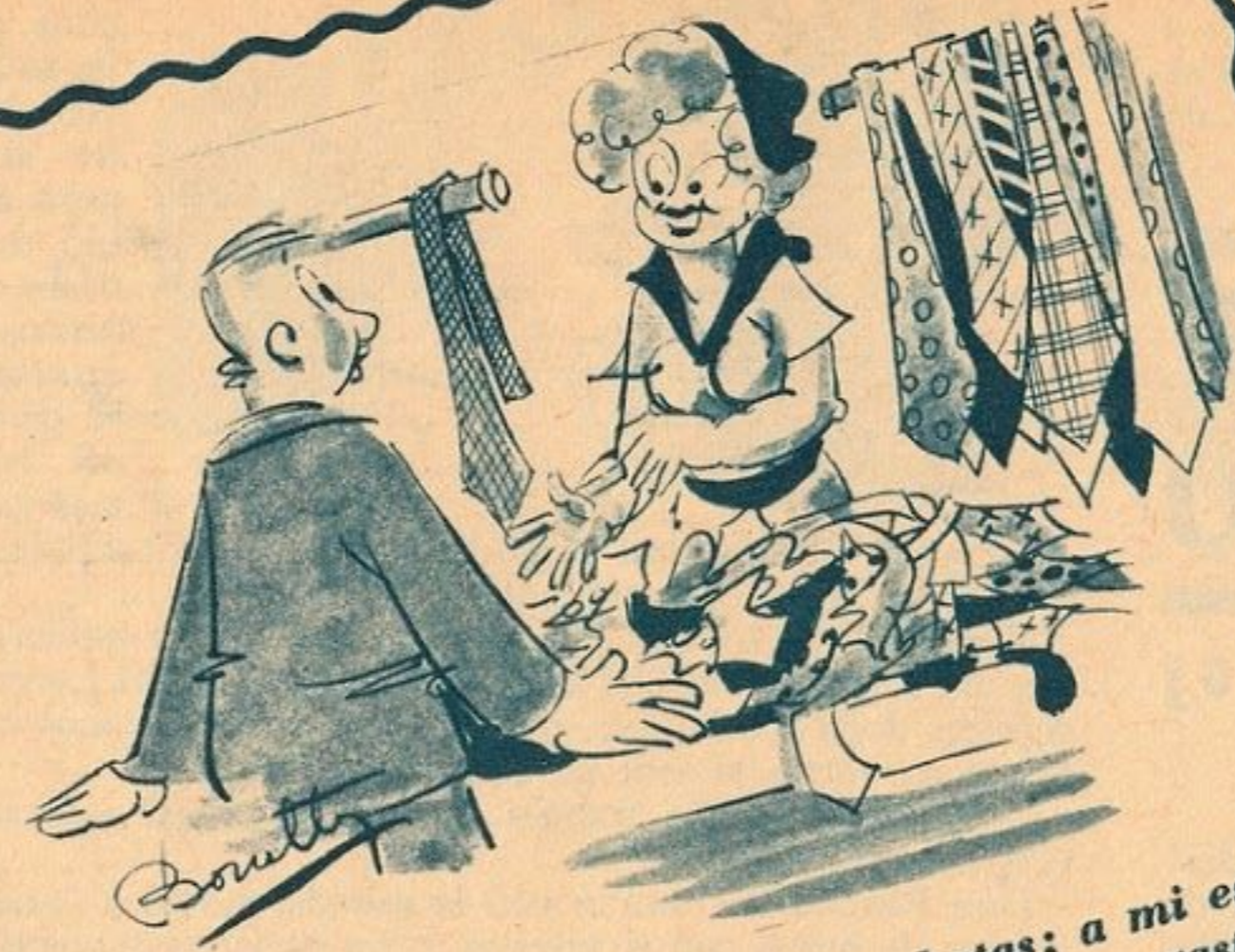
Radios de calidad para escuchar todo el mundo: para ambas corrientes, para acumulador. Luz eléctrica para casa de campo. Molinogeneradores, Acumuladores, Fábrica Ryan, 689 Av. Montes de Oca, 695. Bs. Aires.

(Necesitamos agentes exclusivos)

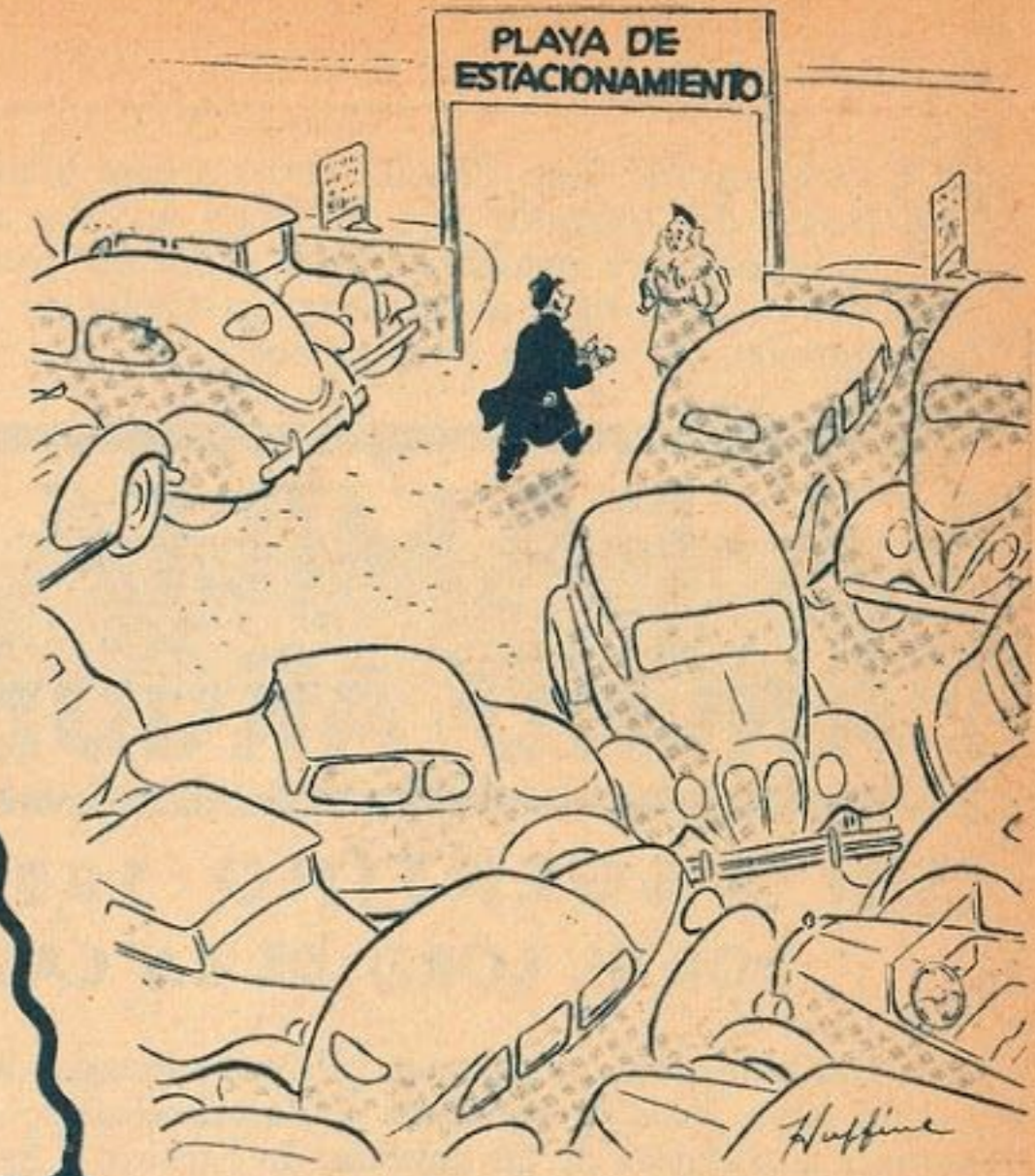
<http://anigospaforazu.blogspot.com/>



—No se preocupe. Sólo ocurre dos veces al año.



—Vengo a comprarle más corbatas; a mi esposo le gustaron tanto las otras que no quiere gastarlas.



—¡Lo tuve que vender, querida!... ¡No pude sacarlo!...



—¡Yo di vuelta el dial para sintonizar a Unicato, comisario!... ¡Se lo juro, no sabía que era una caja fuerte!



—¡Qué "a casa Juan", ni qué pepinos!... ¡Arri-mé al cordón!

DE OREJA A OREJA

Todo el mundo tenía que hablar de la mujer de Campilongo. Los amigos, los conocidos, los parientes y los vecinos. Unos decían:

—La señora de Campilongo no para un momento en casa.

Eran los vecinos.

Otros decían:

—Tiene al pobre marido metido en un puño.

LA MUJER DE CAMPILONGO

POR BOB



Eran los amigos.

En cuanto a las gentes que frecuentaban la casa, a excepción de la lavandera, que era una muda, todas hablaban, y, por cierto, con marcada reticencia.

Cuando el señor Campilongo llegaba a su casa, los murmullos se apagaban, y volvían a encenderse detrás de él. Cuchicheaban las vecinas. Cuchicheaba el servicio doméstico.

La sirvienta le decía al vigilante de la esquina, con quien tenía mucha confianza, que la señora de Campilongo no le daba ningún trabajo por la sencilla razón de que estaba ausente día y noche. Sólo una vez a la semana, los domingos, la señora llegaba a su casa, como una visita. Recorría las habitaciones, la cocina, etc., para ver si estaba todo en orden. Era el único día que almorzaba, cenaba y dormía en su hogar.

El señor Campilongo, entretanto, parecía hacerse el sueco. Pero, ¿no sabía él, acaso?...

—Pobre hombre!...

—Se ve que es miope... Debería cambiarse los vidrios de los anteojos...

(Porque el señor Campilongo usaba anteojos).

Cosas por el estilo murmuraban al verlo. Y él, como si nada. Feliz y contento con su suerte, salía de su casa silbando un aire criollo. Regresaba al mediodía y volvía a salir, sonriendo, como decía una mala lengua, "con una sonrisa de perfecto estúpido".

Una noche, el señor Campilongo fue al café, a ver a sus

amigos. Ya estaban ellos reunidos cuando llegó, y seguramente se hablaba de él, porque, al verlo entrar, todos enmudecieron. Tuvo que ser Campilongo quien animara la reunión. Pero se veía que nadie estaba a gusto. Unos miraban la hora nerviosos. Otros decían:

—Es tarde... Tengo que llevar a mi mujer al cine...

—Y yo tengo que darle fricciones de untura blanca...

Campilongo sonreía con su redonda y luminosa cara de luna.

—¿Recién llego y ustedes se quieren ir?...

—Es que mi mujer...

—¡Las mujeres que esperen!... No siempre hay que hacerles el gusto a las mujeres. De lo contrario, acabará uno dejándose tiranizar por ellas!...

—¿Ah, sí, eh?... —dijo uno con una sonrisita malévola—. ¿Y usted, tan luego usted, lo dice?...

—Sí, yo, ¿por qué? ¿Acaso me tiraniza mi mujer?...

—Si fuera eso solo... Dígame, Campilongo, ¿está contento usted de su mujer?

—No puedo quejarme de ella. Realmente es una gran mujer.

Había cierto desmedido orgullo en la voz de Campilongo.

—Sin embargo... —susurró la mala lengua— usted sabe, Campilongo... Se dice... Se habla... Se murmura...

—Pero, ¿qué cosas?... —preguntó asombrado Campilongo—. ¿Qué quiere usted decir?...

—Nosotros no queremos insinuar nada, Campilongo. Es la gente... Lengua de lezna... Los vecinos dicen...

—¿Qué dicen los vecinos? Vamos a ver.

—Que su mujer no para un momento en su casa.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Cómo!... ¿Le parece que una mujer de su hogar puede pasarse el día afuera? Además, la sirvienta dice...

—¿Qué dice la sirvienta?

—Que su mujer no duerme de noche en su casa, Campilongo...

—¿Y eso qué tiene que ver?

Los amigos exclamaron al unísono:

—¡Eso es muy grave, Campilongo!... ¡Muy grave!...

Campilongo, de suyo tan tranquilo, estuvo a punto de perder los estribos.

—Poco me importa lo que piense la gente. ¡Mi mujer es extraordinaria!... No para un momento en casa, porque de mañana trabaja en un escritorio. Sale a las doce.

—¿Y de tarde?...

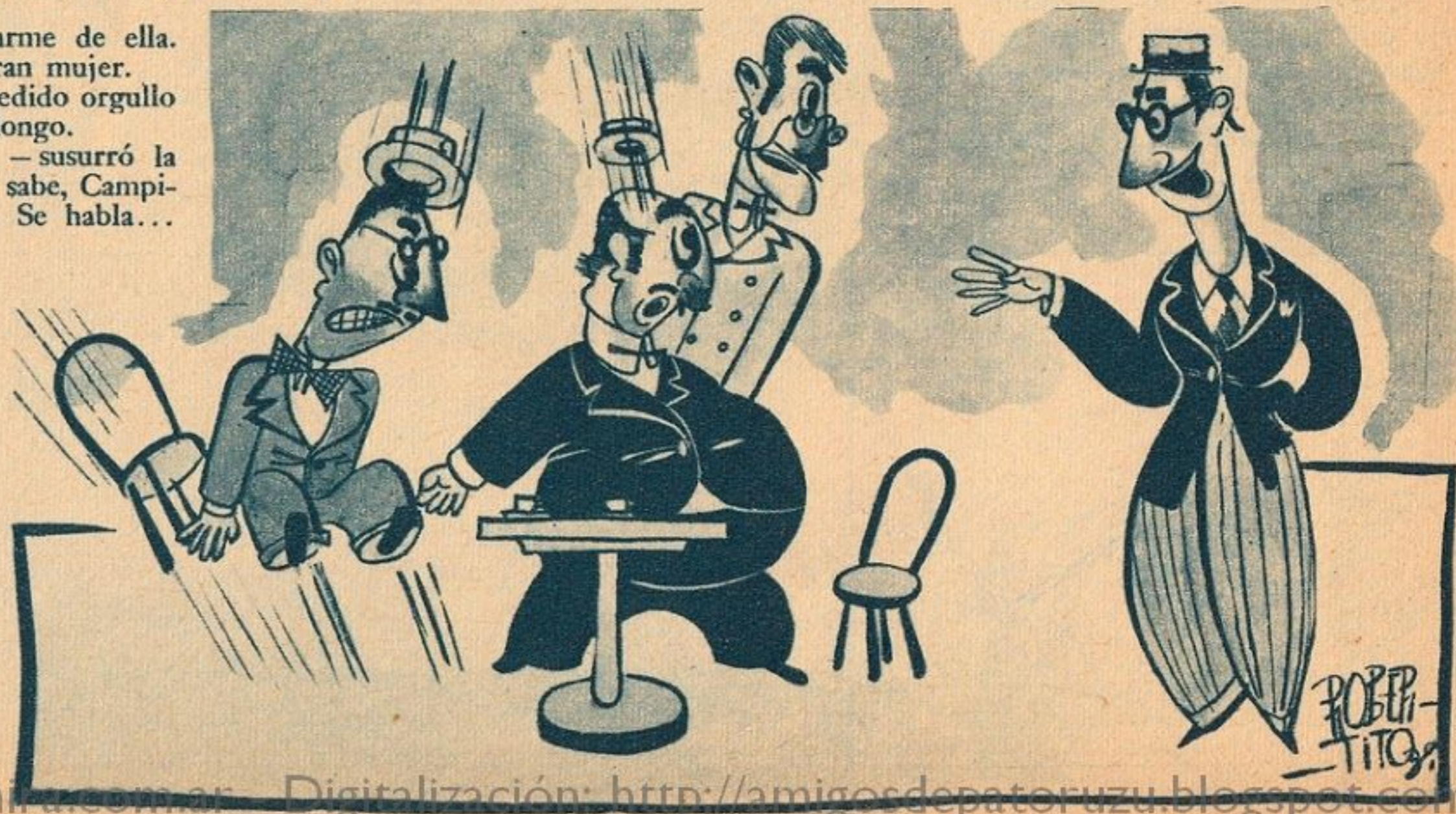
—De tarde es boletera en un cinematógrafo.

—¿Y de noche?...

—De noche toca el piano en un bar...

—Pero entonces... —preguntó un amigo estupefacto—. ¿Cuándo duerme su mujer, Campilongo?...

—Duerme al mediodía en la vidriera de una tienda donde trabaja de modelo y realiza una reclame de un nuevo modelo de piyama!...



BELICOS...

Huracán se trae al tucumano Guerra y anda procurando el concurso del ex centreforward Guerrero, de Racing. Por si eso fuera poco, comanda al club huracanense un mayor del ejército.

Chamberlain debería cruzar el charco y venirse más pacifista que nunca porque los de Huracán están belicos hasta decir basta...

¿SOYREE?...

Interviene en el certamen de golf del Parque Camet, en Mar del Plata, el aficionado C. Baila...

¿En qué quedamos: C. Baila o se juega al golf?...



CARTELEERA

VOLANDO A RÍO: Bazterra y Pergolezzi.

SI YO VOLVIERA A VIVIR: Ochoa, Seoane...

EL RETORNO DE LA EXTRANJERA: Stábile.

JUEGOS DE PILLOS: Sastre, Zito, De la Mata, Moreno, Erico...

LOCURA DE MODA: La caza del jugador...

LA CABEZA DE UN HOMBRE: Moreno...

LA PIEDRA DEL ESCANDALO: La que pusieron debajo de la pelota al patearse el penal...

EL TERROR VUELVE: Barrera se está entrenando activamente.

FANTASMAS BOHEMIOS: Los países que conseguirá Atlanta...

EL REY SALOMÓN: Junto con Máspero es lo que ansía Racing...

LOS PEQUEÑOS MOSQUETEROS: Pedernera, Barrionuevo y Baldonado...

CARA DE ESFINGE: El vasco Lecea...



MENÚ

¿NO TENIAN OTRO MAS SERENO?

Después del tercer gol de los nuestros, el arquero carioca ya no sabía para dónde tirarse cuando venía un shot al arco. No hay que extrañarse de que estuviera tan abatado el hombre que aguantó el bombardeo de los argentinos. Y decimos que no es raro que estuviera desorientado, ya que Batata-es...

¡"MUCHO"... CALOR!

Jugaban la final de tercera división Tigre y Progresista. El forward Matteotti del club "felino" no embocaba un gol, pese a que tiraba de todas direcciones. Argüía Matteotti que jugaba con poca eficacia debido al calor y era cierto. Calor era el arquero de Progresista...

UNA TRAGEDIA

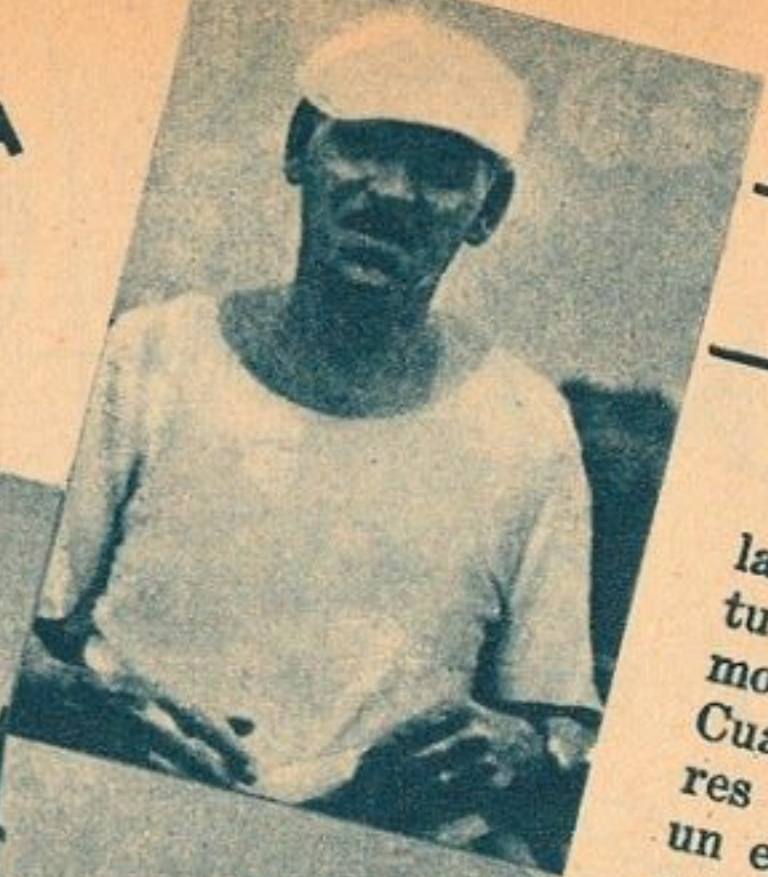
¡La de aquel jugador que empezó el partido jugando frío y le quebraron la tibia!



J. GALLO

YACHTING

El primer puesto de la Copa América lo obtuvo el yate *Febo*, timoneado por Tamiso. Cuando los competidores venían a lo lejos, un espectador que presenciaba las pruebas pegó el grito:
—Febo asoma...
¡Y casi canta la marcha de San Lorenzo!...



DIALOGUITO

—Mientras en el team brasileño abundaban los nombres "difíciles" en el argentino estaban López, Suárez, Martínez, Moreno, Ibáñez, García..., en fin, todos los de la guía.
—También tenían uno de esos los cariocas...
—¿Cuál?
—Domingos... Da Guía.

SERIA EL UNICO...

—Del combinado que fué al Brasil, Peucelle, Coso, Moreno y García son acreedores a la designación... pero Sastre...
—¿Qué...? ¿Vas a decir que Sastre no es acreedor?

Y NO SON SEUDONIMOS...

Para la próxima carrera organizada por el Moto Club Argentino se han inscripto Líbero Furioso y Eugenio Palizas. Lo raro es que el resto de los anotados no les haya tenido miedo...

DE AGUANTE

—En el interior hay familias enteras que reeditan el famoso caso de Alumni y los Brown. En Santiago del Estero juegan en un mismo club seis hermanos Luna; en Juventud de Esperanza, cuatro Montalbetti; en Rosario Central juegan tres Díaz...
—¿Y no se cansan?...



MIEDO POR DOS RAZONES

—¡Cuiden al wing!... ¡Cuiden al wing!... —gritaba el arquero.
Tenía un terror pánico al taponazo del puntero derecho. Y el miedo a los punteros le venía de chico. Si le habría hecho juntar los cinco dedos aquella maestra del segundo grado.

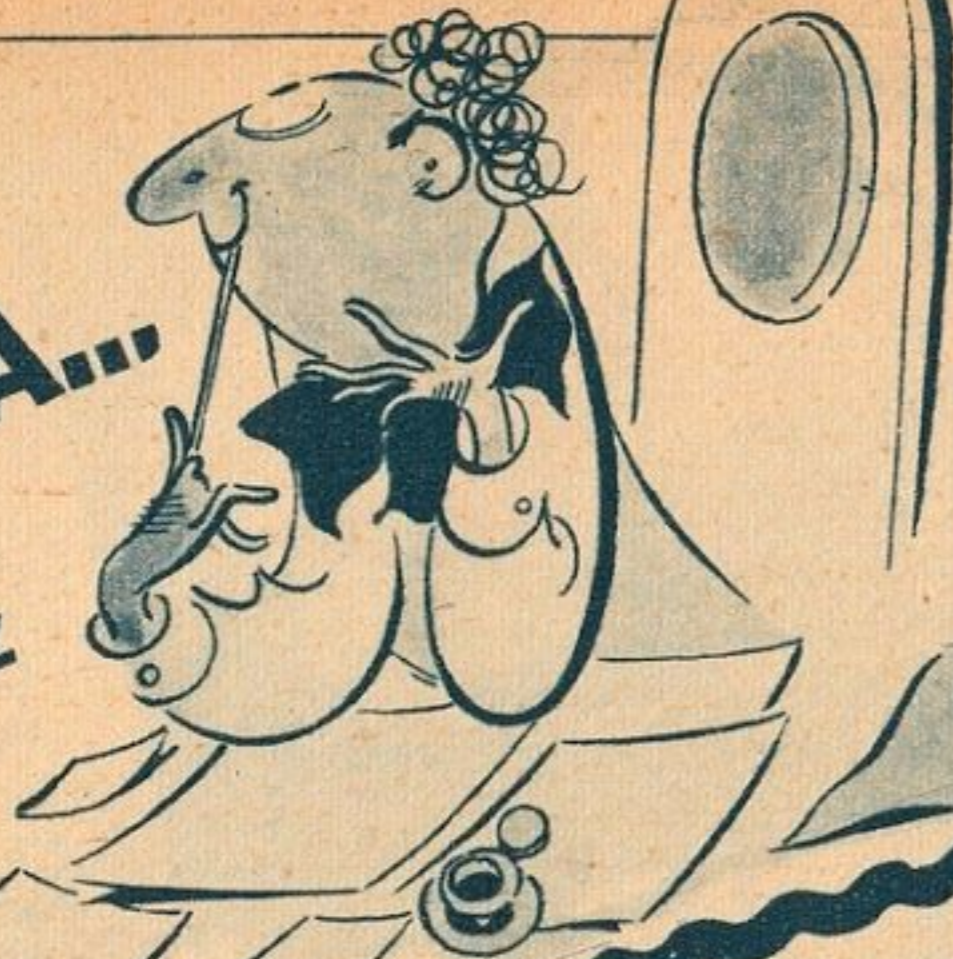


¡QUE PAREJA!...

La pareja derecha de un team rosarino está formada por los players Laporta y Porteiro. Bueno. Si está junto a Laporta forzosamente tiene que ser "Porteiro".

GENIO Y FIGURA...

Por MUMU VELAZQUEZ



Cuando Picuco Garsón cursaba el segundo grado inferior, fué violentamente atacado por las musas, y a consecuencia de ello escribió aquella inmortal poesía *Loor, loor y loor*, que hubo de hacerse célebre en los anales de la escuela.

—¡Picuco! —dijole su maestra, muda de admiración—. ¡Serás el orgullo de tus congéneres!...

E inmediatamente el poético niño fué llevado frente al director para que le recitara su exitoso bodrio.

—Muy bien, muy bien... —exclamó éste, entre dos tosecillas pedagógicas—. Me parece muy bien. Algún día la patria se ocupará de ti.

Pero cuando la noticia literaria llegó hasta el hogar de la precoz criatura desatóse en el seno de la misma una formidable tormenta tipo Baigorri Velar.

—¡Un hijo poeta! —bramó don Amaranto—. ¡Gaste uno plata en educarlo, caramba!

Pero inútiles fueron los esfuerzos de ambos cónyuges para corregir a Picuco. Crecía el niño y cada año estimulaba su entusiasmo poético. De nada servían reconvencciones, súplicas, amenazas ni golpes. Encontraba el niño a tiro un papel o un lápiz y componía en cuatro minutos una oda chueca o una balada tartamuda. Al llegar los Carnavales, un batallón de harapientas murgas invadía la casa de don Amaranto, para que el prodigioso infante les hiciera gratis las cuartetitas de práctica. Hasta llegaron a efectuarse en la azotea los ensayos per-

tinentes — impertinentes, diríamos — dirigidos por el mismo Picuco:

*Las mujeres de hoy en día
son bichos de mal agüero.
Croquiñol de cinco pesos
y no pagan el lechero.*

Por supuesto, pronto comenzó Picuco Garsón a publicar poemas lacrimógenos en cuantos periódicos de barrio abría sus desprevenidas páginas. Y por supuesto también, comenzaron a visitar la casa individuos barbudos con moños voladores, chambergos amplísimos y con un apetito desorbitado que intuía las milanesas a través de las puertas.

Pero...

—¡Basta! —ordenó un día don Amaranto, desportillando la mesa de un puñetazo—. ¡Esto se acabó, mocito!... Mañana se presenta usted en las oficinas de mi amigo Volpone. El le dará un empleo. O lo acepta o bien... ya sabe dónde queda la puerta de calle.

Con el alma hecha jirones, el poeta incomprendido bajó la cabeza. ¡Oh, qué sublime lucha se libraba entre su musa ardiente y su estómago frío! Pero el recuerdo de los bifés de lomo aromó el pensamiento de Picuco, y a la mañana siguiente presentábase, atildado y confuso, en las oficinas de Corbaccio Volpone.

—¡Lo he salvado! —pensaba filosóficamente don Amaranto.

Y no era para menos. Si existía algún nombre alejado de la poesía,



la retórica, las sinalefas y otros excesos, ése era Corbaccio Volpone, feroz industrial, emperador de la harina, rey del azúcar y vizconde de las conservas de tomate. Bajo su férrea vigilancia se morirían de anemia las musas y Picuco entraría de lleno en la práctica carrera comercial, lejos de toda fantasía que hiciera peligrar la continuidad del puchero. Don Amaranto cerraba los ojos gozosamente y veía a su regenerado hijo cargando bolsas, decorando latas o llevando contabilidades dentro de un enharinado guardapolvo.

Una exclamación de triunfo lo arrancó de sus meditaciones.

—¡Papá, papá!...

Era Picuco que entraba, luminoso y pulido como una bombilla eléctrica. Y dándole el brazo, con una confianza enternecedora, el mismísimo Corbaccio Volpone, con su gruesa cadena de oro sobre el chaleco a cuadros. Don Amaranto no podía creer aquello: era demasiada belleza.

—¡Ah, compadre! —estalló Corbaccio, abrazando generosamente al feliz progenitor—. ¡Te felicito por tu

hijo! ¡Hará carrera! Tiene unas condiciones bárbaras para el comercio... Agarrate, hermano: para que veas... ¡lo he nombrado mi socio!

Picuco bajaba la cabeza modestamente, mientras el jefe de familia abría la boca, los ojos y las orejas con una estupefacción conmovedora.

—Sí... —continuaba el vizconde de las conservas—. Me ha dado una idea extraordinaria para aprovechar el azúcar que se ensucia: voy a poner una fábrica de golosinas. ¿Lo oyes, Amaranto?... ¡Una fábrica de golosinas!

—Sí, claro —tartamudeó el aludido—. Una fábrica de golosinas. Muy bien.

Pero ¿qué papel va a desempeñar en ella, mi querido Corbaccio?

—¡Ah!... —repuso Volpone, orgullosamente—. Él escribirá los versitos de los caramelos...

A esa fiera hay que enjaularla. ¡Sólo viene a maltratarla!



Si esa es la forma habitual, pegarle así ¡está mal!



Parecían pobretones, ¡y habla ella de millones!



¡Cómo gime plañidero, por hallarse sin dinero!



¿Lo confundió con un peso? ¡A otro con ese hueso!



¡Hay que ver con cuánto amor, recibe al nuevo tutor!



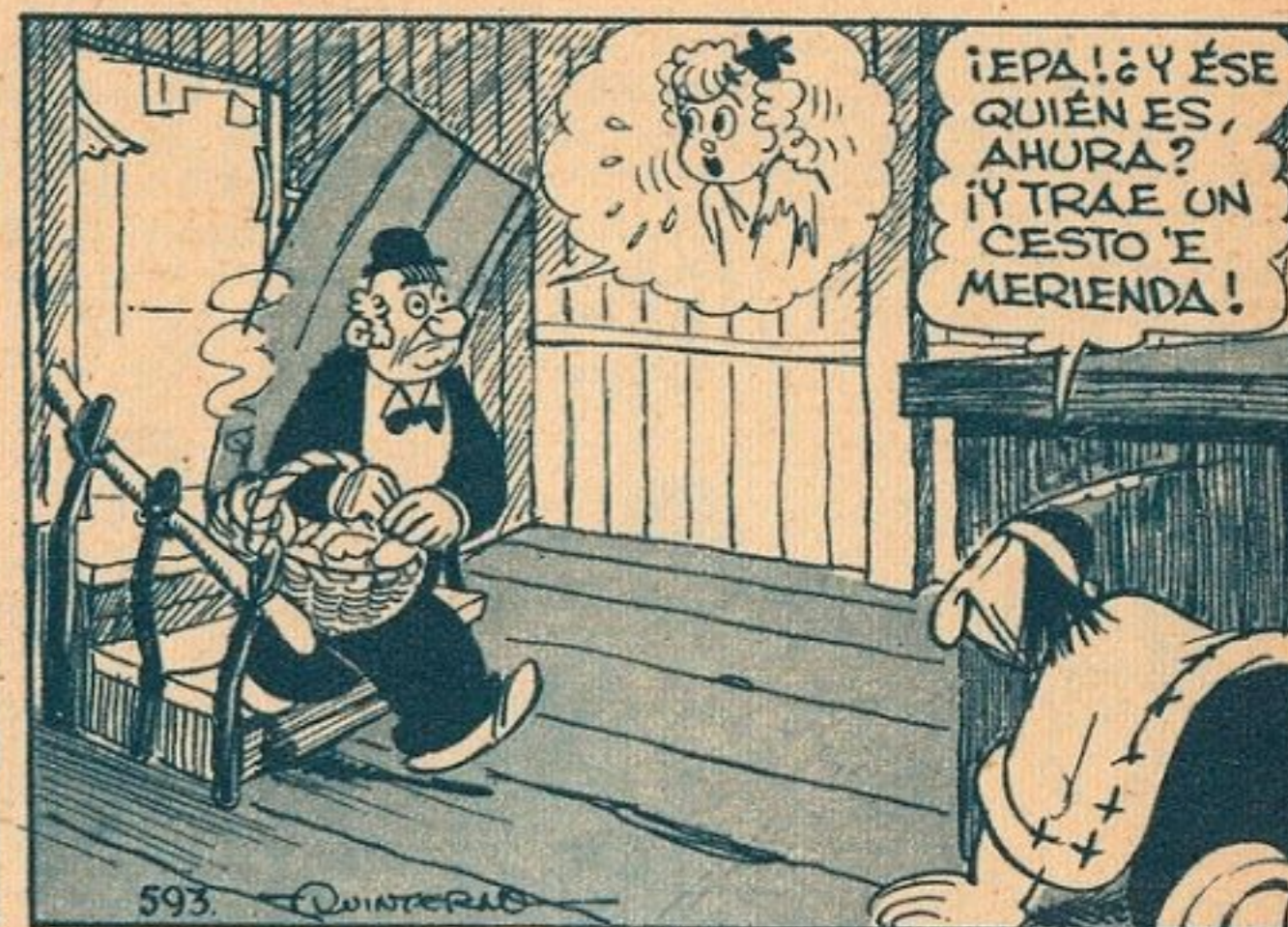
¿No sería un gran artista, el vil y obscuro florista?



¿Qué misterioso el criado! ¡Parece muy desgraciado!



Conocía bien la senda, ¡pues le trae la merienda!



¡Eso sí es hacerse un nudo! ¡Preguntarle a un sordomudo!



Algo le ha dicho, ¡no hay duda!, aunque la respuesta es muda.



¡No ha de tolerar, ¡canejo!, se pegue así a ese viejo!



(SUENA el teléfono en el departamento del se-

he dicho que estoy harto de los lamentos de esa mujer de su novela!! ¡¡Basta de tragedias!!
—Vea... Estoy en mi casa y la radio es mía. ¡La pongo cómo se me antoja!

—¡¡Por favor, en nombre de todos los escuchas!!
(Pero el autor ya cortó la comunicación. El primero que protestó llama a la comisaría seccional.)
—Hola. ¿Está el comisario?

INDISCRECIONES DE UN POSTE DE AZOTEA

ñor Venturini.)
—¡Hola!
¿Usted es el que está escuchando ese episodio infernal de la radio?

—¿No me diga? ¿Se ha contagiado del Braulio?
—¡Ah! ¡También usted lo conoce!
—¡¡Cómo no lo voy a conocer, si hace una hora que lo estoy escuchando!!
—Bueno. Si no le gusta, se pone algodón en los oídos.
—¡¡Esto le va a costar caro!!
(¡Clac! En seguida llama un tercero.)
—Señor... Si usted fuera tan amable... Esa novela me hace mal a los nervios...

—¿Quién lo llama?
—Un "amigo de la ciudad."
—¿Cuándo llegó?
—¿De dónde quiere que llegue, si nunca me he ido a ninguna parte?
¡He dicho que llame al comisario!
—Está bien.
(Hacia el interior.) Hay un loco que quiere hablarlo, señor.
(Voz del comisario.)

"MAL GENERAL"

—Sí... ¿Por qué?... ¿Quién es usted?...
—Soy un vecino del tercer piso. ¡¡Pare esa radio!!
—Está bien, señor..., pero no se enoje tanto. La pondré más despacio.
(Cortan. Dos minutos después llaman nuevamente; es una voz femenina.)
—¿Señor Venturini?... Vea... Soy una vecina. Mi radio se ha roto y, como sigo los mismos episodios que usted, estaba escuchando desde mi ventana... ¿Por qué apagó la radio?
—No la apagué, señora. La bajé.
—¿Sería mucha molestia pedirle que la ponga como estaba antes?
—Es que la bajé porque a otros vecinos les molestaba.
—¿Qué lástima! Dígame... ¿Qué le contestó Braulio al "Vizcacha"? ¿Aceptó el desafío?
—Todavía no.
—¿Por qué no pone la radio un poquito más fuerte, así puedo escuchar yo también?
—¡Basta! Las damas primero. Le haré el gusto a usted, señora.
—Gracias.
(Tres minutos después llama el vecino que habló primero.)
—¡Oiga! ¿Está buscando camorra? ¡¡Le

Ponga la radio con más discreción.
—¿Usted es el del tercer piso?
—No, señor... Soy del cuarto.
—¡Ajá! Vea... Yo pongo la radio como quiero.
—Pero usted puede escuchar sin molestar a los demás.
—¡Yo hago lo que quiero! Y no me haga perder el episodio. ¡Estaban por matarlo a Braulio!
—No se aflija usted. Le aseguro que no le pasará nada.

—¿Usted qué sabe!
—¡¡Esto es el colmo!!
¿Cómo no he de saber, si soy el autor?
—¡¡¿Usted?!!
—Sí. Y ya no lo puedo soportar... No pienso otra cosa; no hago otra cosa... ¡No escucho otra cosa que esa maldita novela!...
—Dígame... ¿Nandú termina casándose con la Candelaria?
—¡Déjeme tranquilo! Si no pone más baja esa radio, en el episodio de mañana lo hago morir al Braulio.
—¡¡No, se lo ruego!!
—Y, si ahora mismo no lo hace, lo degüello al Señor.



COOLFO
MAZZONE '39

más y pido que se le llame al orden inmediatamente.
—¿Es en horas de reposo que sucede eso?
—Sí, señor: justamente a las dos de la tarde. ¡¡En plena siesta!!
—¡Ni una palabra más! Se trata de una novela titulada "El gaucho heroico"... ¿Verdad?
—¡La misma!
—Creo que no podré hacer nada...
—¡¡¿Cómo?!!
—Hace tres meses que trato de impedir que mi señora la escuche... Si no puedo convencerla a ella... ¿qué quiere que pueda con su vecino?



HISTORIA DE UN RECLUTA

Un recluta inglés se presenta en el cuartel. El general le dice:

—Tiene usted que dejarse crecer el bigote.

—Sí, mi general.

—Entendámonos. No un bigotito ridículo, ¿eh? ¡Lo que yo llamo un bigote!

—Sí, mi general.

Todo ha sido dicho, pero el recluta no se mueve.

—Bien — dice el general —, ¿qué es lo que desea ahora?

—¿De qué color quiere el bigote, mi general?...

LA VIDA

EL SUEÑO DE JIM

Poseer un sobretodo era el sueño de Jim. Días, meses, años de economía, y Jim al fin pudo realizar su sueño. Feliz y contento, apenas compró el grueso abrigo se lo puso. En la calle encontró a un amigo.

—Buenos días, Jim. ¿Cómo estás?

—Muy bien, Tom.

—¿Hace frío?

—Lo siento, pero no puedo decirte nada respecto a la temperatura. Hoy no tuve tiempo de fijarme en el termómetro.

EL FABRICANTE DE JABON

El periodista estaba entrevistando al fabricante de jabones.

—Es usted un hombre riquísimo. Ha hecho su fortuna con el jabón. ¿Puede decirme a qué debe su éxito?

—¡A la gente que se lava y se lava, amigo mío!

HISTORIAS DE BORRACHOS

Un hombre que había bebido con ex-

ceso vió entrar en un bar a un tipo que le resultaba antipático. Con el coraje que da el alcohol, se acercó a él y le dijo:

—Buenas noches. ¡Quiero aprovechar la ocasión para decirle que es usted un imbécil!

—Lo compadezco — respondió el

COLOR DE ROSA

POR PEPE EL TRANQUILO

tipo —. Está usted borracho.

—Seré un borracho hoy — replicó el curda —, pero mañana dejaré de serlo. ¡En cambio, usted será toda su vida un imbécil!

EL COLECCIONISTA Y LA SIRVIENTA

El coleccionista de vasos chinos ha tomado a su servicio una sirvienta muy distinguida, muy elegante. Una tarde entró al despacho del coleccionista que estaba escribiendo y le dijo:

—Perdóneme, señor... ¿Podría usted decirme la hora?

—Son las doce menos cuarto...

—¿Las doce menos cuarto, ya?... ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Y pensar que han pasado ya dos horas desde que rompí el vaso chino que trajeron ayer!

PARA LOS AUTOMOVILISTAS

—Este auto, último modelo — explica el gerente de la fábrica —, lo entregamos al cliente con todos los accesorios.

—¿Sin recargo de precio?

—Sin recargo de precio. Damos el cric, la bomba, los utensilios, la llave inglesa, etc., y todo cuanto pueda ser útil en un caso de panne. Además, regalamos un horario de ferrocarril,

—¿Y eso para qué sirve?

—¿Cómo, para qué sirve? ¡El horario de ferrocarril es utilísimo para evitar accidentes en los pasos a nivel!...





1 Lucy.—¡Querido!... ¿Qué son los últimos pesos que tienes para pagar las tres semanas que se deben de hotel, a causa de tus frecuentes jugadas!

Él.—No seas tontita... ¿No ves que los triplicaré?... ¡Hasta luego!



2 Lucy.—¡Has perdido todo!, ¿eh?



3 El hotelero.—¡Ejem!



4 El hotelero.—¿Dónde está su marido?... ¡Quiero darme el gusto de echarlo del hotel a patadas!



5 Lucy.—Escúcheme, monsieur... ¡Bss bss bss bss!

El hotelero.—¡Oh, si es así, encantado!...



6 Lucy.—¡Querido, puedes salir!... ¡El hotelero nos perdona la deuda!

Él.—¡Oh, Lucy querida!... ¿Cómo has hecho?...

Lucy.—¡Sigue al hotelero y lo sabrás!...

Él.—¡Gracias, Lucy, ya sabía que tú me salvarías!



7 El hotelero.—¡Todavía le faltan doscientas copas más y cien platos que lavar para cubrir la cuenta!... ¡Buena idea la de su señora!

DE TAL PALO...



EL barco está llegando a Comodoro... Los dos muelles paralelos avanzan hacia el mar como dos brazos... Todo el pasaje se ha reunido a estribor para presenciar las maniobras de desembarco. Ana y Heriberto Fromagín están apoyados en la borda.

HERIBERTO.—¿Y los chicos?

ANA.—Están bajo llave, en el camarote. Temo que les suceda algo si se entusiasman al bajar a tierra.

HERIBERTO.—Muy bien pensado.

ANA.—Si creés que no me doy cuenta de que estás mirando a la rubia, te equivocás... ¡Tomá! (le da un puntapié en el tobillo.)

HERIBERTO.—¡Pero, mujer! ¡Si no sé de quién estás hablando!

ANA.—... Y te prevengo que cuando desembarquemos, no te separarás de mí ni un instante.

HERIBERTO.—Siempre estás viendo visiones... Sos mitómana...

ANA.—¡Te prohibo que me insultes! En mi familia no ha habido ningún vicioso...

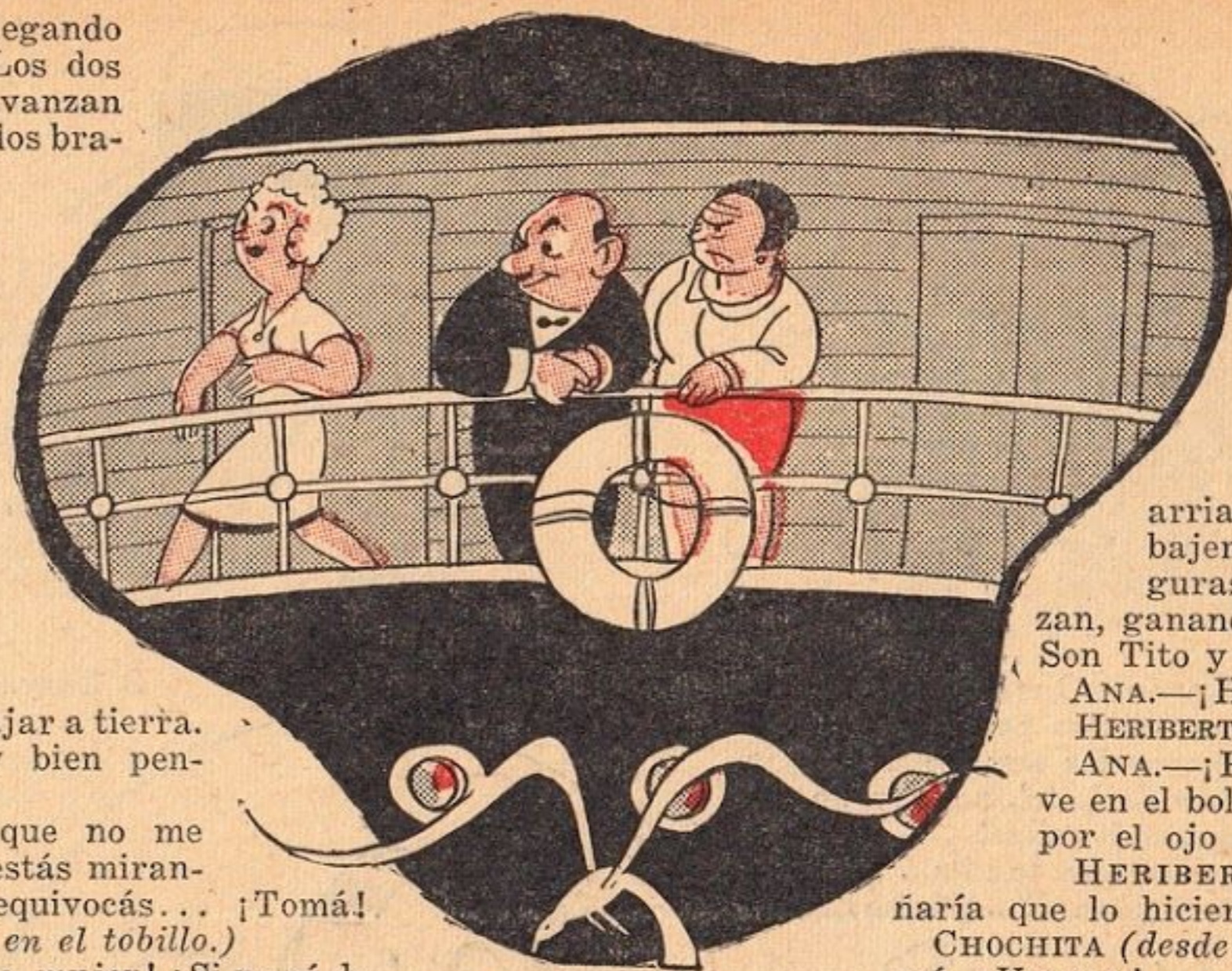
(Se oye el ruido de la cadena del ancla al caer.) ¿Qué pasa?... ¡Ay! Seguro que se han escapado los chicos...

Ana sale disparando por cubierta. Heriberto aprovecha para enviar una sonrisa a la pasajera de cabellos claros y alma negra.

ANA (volviendo).—¡Anclamos!

HERIBERTO.—Ya me lo imaginaba.

ANA.—¿Por qué tan lejos del puerto?



UN MARINERO.—No se puede atracar al muelle.

ANA.—¿Entonces no podemos conocer la ciudad?

MARINERO.—Sí, señora. Ahora viene el lanchón a buscar pasajeros.

Efectivamente, el lanchón se acerca al barco. Al

arriar la escala para que bajen los turistas, dos figuras pequeñas se lanzan, ganando de mano a todos. Son Tito y Chochita.

ANA.—¡Heriberto! ¡Veo mal!

HERIBERTO.—No.

ANA.—¡Pero si tengo la llave en el bolsillo! Habrán salido por el ojo de buey...

HERIBERTO.—No me extrañaría que lo hicieran.

CHOCITA (desde abajo).—Papá, mamá. ¡Vengan!...

El lanchón ya está cargado de pasajeros.

CAPITÁN.—Tendrán que esperar el otro viaje.

HERIBERTO.—Pero, los chicos...

CAPITÁN.—No se puede perder tiempo con esta marejada.

ANA (gritando).—¡Espérennos en el muelle!...

Chochita y Tito hacen señas indefinibles, desde el lanchón que se aleja.

En el segundo traslado de pasajeros sube a la embarcación el matrimonio Fromagín, y, también, se

instala la viajera rubia.

ANA.—¡Ya tuvo que seguirnos esa pajarraca!

HERIBERTO.—¡Pero, hija! No

pretenderás que se queden a bordo todos los que no te gustan.

El lanchón se acerca al muelle. Tampoco puede

Boletos de Turismo

**MILLAS A POPA
POR PAUL VAREDA**

El lanchón se acerca al muelle. Tampoco puede

atracar por el oleaje. Desde un guinche bajan un enorme canasto cuadrado en donde se acomodan los viajeros de un salto, para ser depositados suavemente en el muelle.

ANA.—¡Yo no me meto en el canasto!

MARINERO.—No tendrá más remedio, señora.

HERIBERTO (*trepándose*).—Vení. Si no te va a pasar nada...

ANA.—¡¡No!! A mí me acercan al muelle.

MARINERO.—Imposible, señora. Vea que ya se está llenando.

OTRO MARINERO (*gritando al de la grúa*).— ¡¡Listo!!... ¡Iza!...

ANA (*descubriendo de pronto que también la rubia está en el canasto*).— ¡Heriberto! ¡Bájate de ahí!...

HERIBERTO (*a cuatro metros de altura*).

—¿Por dónde?... Te espero en tierra.

Ana grita, gesticula y se desespera viendo que el canasto va por los aires llevando a los dos. Animada por la indignación, sube en el segundo viaje del canasto. Al sentir que aterriza se larga fuera de él antes que logren hacerlo los demás.

ANA.— ¡Vampiro! Todo para estar cerca de esa...

VIAJERA.— ¿Cómo está, señora?

ANA.—¡¡Perfectamente!!

VIAJERA.—¿Van a visitar los pozos?

ANA.—No.

VIAJERA.—Yo tampoco.

ANA.—Pues, entonces, nosotros vamos.

HERIBERTO.—Ana, no seas atolondrada. ¿Y los chicos?

ANA.—¡¡Mis hijos!!... ¿Dónde están?

Pero es inútil. Recorren los alrededores del puerto; alborotan a la policía. ¡Nada! Ana, en su desesperación, olvida su odio hacia la viuda rubia, y se abraza a ella llorando. Tres horas después, cuando llega el momento de volver a bordo, ya perdidas las esperanzas se ven avanzar hacia el muelle dos figuras pequeñas y oscuras. Ana reconoce a sus hijos a

pesar de la capa negra y pegajosa que los cubre.

ANA.—¡Chicos! ¿Dónde se habían metido?

CHOCHITA.—Fuimos a visitar un pozo de petróleo... y me asomé demasiado a una zanja que había al lado.

HERIBERTO (*a Tito*).— ¿Y vos?

TITO.—Yo la ayudé a salir.

MARINERO.—¡Pasajeros a la canasta!

Los pasajeros no quieren subir con los niños para no embadurnarse, y decídense dejarlos solos para lo último.

ANA.—Lo que es yo no vuelvo a subir. ¡A mí me acercan un bote al muelle!

MARINERO.— No se puede, señora.

ANA.—¿Cómo no se va a poder? ¡Yo lo pago!

Ana llama a un lanchero y éste arrima su embarcación.

Ana empieza a bajar los peldaños de la escalerilla de madera. El oleaje ha aumentado. Cuando cree haber llegado, el mar hace bajar la lancha varios metros; Ana descende un poco más, pero tiene que volver a trepar rápidamente porque la ola sube amenazante. Cuando quiere poner el pie en la lancha, ya ésta ha vuelto a descender. Esta maniobra se repite por espacio de veinte minutos, entre las exclamaciones de los espectadores, hasta que Ana, animada por el grito de

“¡Ahora!”, salta, y lo hace en el preciso momento en que el mar baja. Y se da un golpe mayúsculo, cayendo por milagro, dentro de la embarcación.

HERIBERTO.—¡¡Y le tenía miedo a la canasta!!

TITO.—Papá, dame una menta.

HERIBERTO.—No me toquen, ni vos ni tu hermana.

CHOCHITA.—Con nafta sale... ¿Verdad?

HERIBERTO.—No sé.

TITO.—Ya llega mamita.

ANA (*pasando a duras penas al lanchón*).— ¡Por fin!

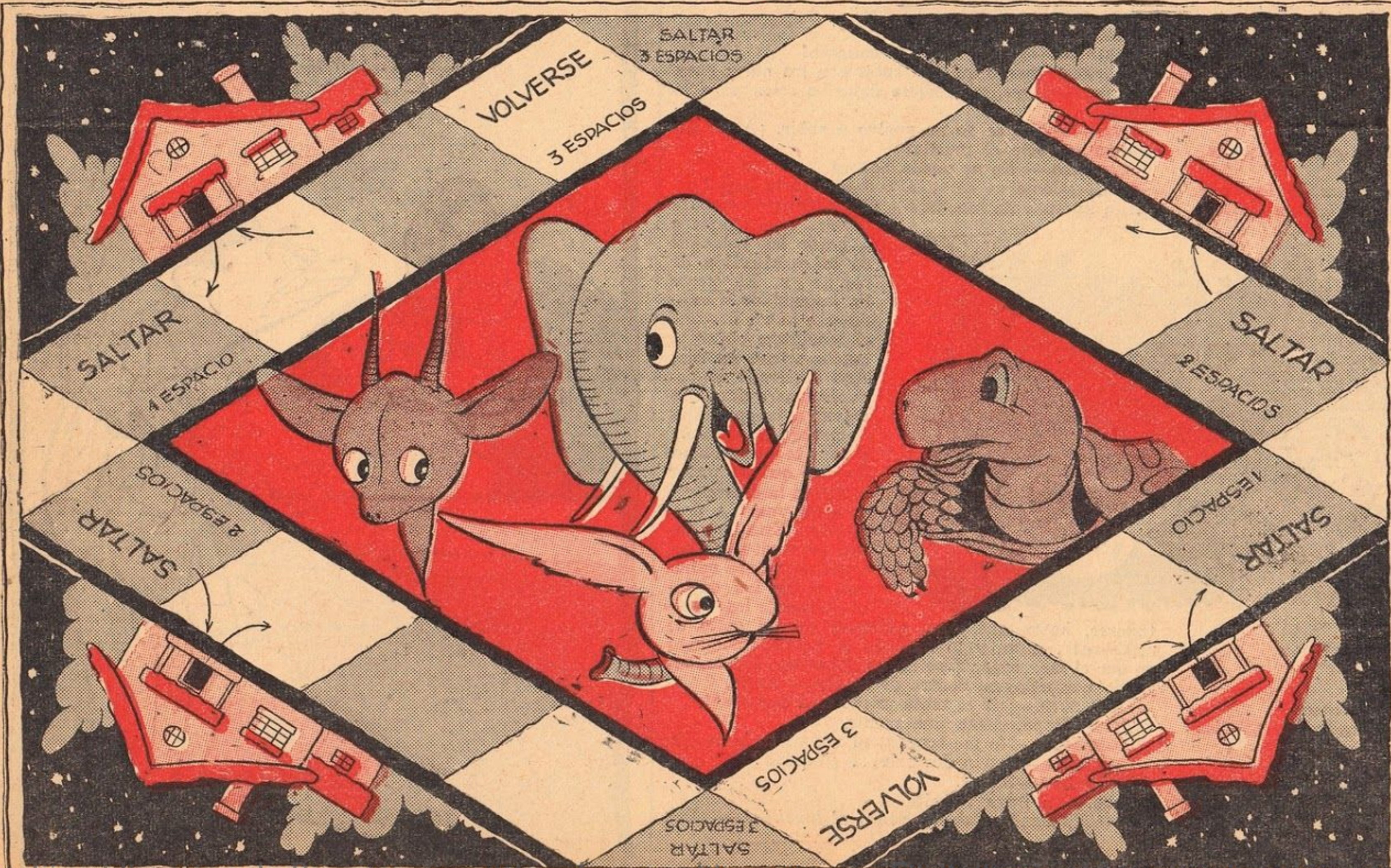
LOS DOS NENES.— ¡¡Mamita!!

La abrazan y la cubren de caricias, hasta dejarla tan negra como ellos.

ENEMIGOS DEL HOMBRE



PARA los NIETOS de ADA LINDA



DOÑA TORTUGA HA APOSTADO A SUS AMIGOS DEL BOSQUE QUE LLEGA PRIMERO A SU CASITA.

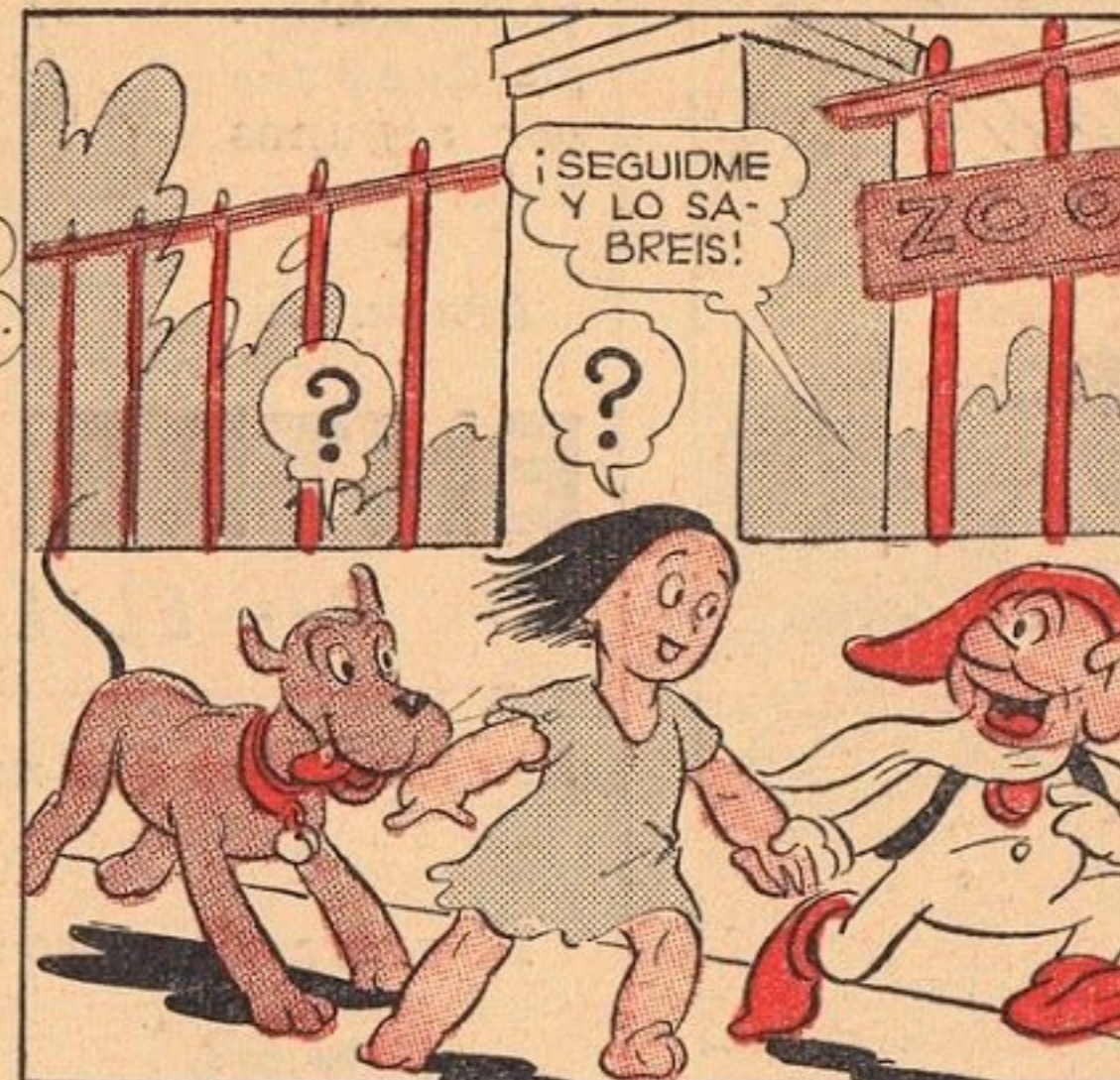
¿QUIEN DE MIS NIETOS QUIERE SER TORTUGA PARA COMPROBARLO?

Para este juego se usa como dado una ficha que los mismos jugadores deben fabricar. Para ello se recorta un círculo de cartón del tamaño de una moneda de veinte centavos y se pinta verde de un lado y rojo del otro, tirándose al aire y adelantando un espacio si sale rojo, y dos espacios si sale verde. Cada uno de los cuatro jugadores, utilizando fichas o botones, sale de su casita, siguiendo la dirección que indican las flechas, y haciéndolo primero aquel que en un sorteo previo resultara el vencedor. Los demás irán saliendo en el orden correspondiente. Ganará, desde luego, el que esté primero de regreso en el punto de partida.

En el camino a recorrerse están indicados los obstáculos y beneficios de cada jugador, los que deberán seguirse al pie de la letra.

EL GNO MO PIMENTON

Por ADA LIND
ILUSTRO BLOTTA



CONTINUARÁ

¡EL NENE!...



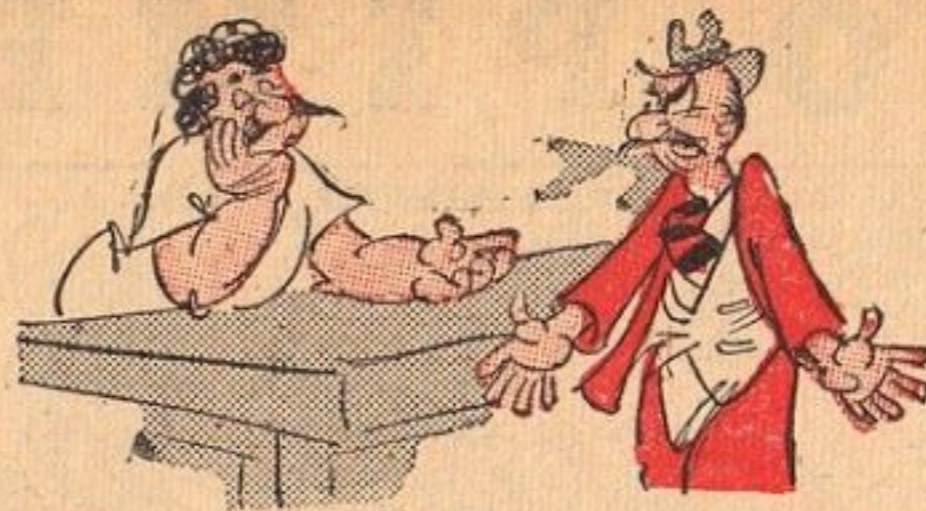
¡AYUDAME, VIEJO!
¡CÓMO TIRA!...
¡ES UN TIBURÓN
EN FIJA!



¡EH, NENE! ¿POR QUÉ
ME DEJASTE SOLO?

¡JE! AHORA SOY YO
EL JEFE DE LA
FAMILIA!

EL JUEZ.—
Levántese,
acusado. Ya
podrá sentarse
después
por algunos
años.



Era un mú-

ENTRE PITOS Y FLAUTAS

Por EL LICENCIADO VIDRIERA ★ ILUSTRO BONETTO

sico tan petiso que no alcanzaba las notas altas.

El nuevo rico insomne contrató un hipnotizador para su uso particular.



Aquel tipógrafo,
cuando lo llevaron
preso, pidió que no lo
pusieran en un cua-
dro, sino en un re-
cuadro.

—¡Seguramente me
crees un idiota!

—Pero, querido, ¡ya sabes que nadie puede ser perfecto!

COINCIDENCIAS

Se hablaba de coincidencias.

—La más extraña coincidencia —dijo uno— es la que me ocurrió a mí. Era el undécimo día del undécimo mes y vivía en una casa señalada

con el número once. A las once de la mañana me dieron una fija: el caballo número once.

—¡Y el caballo ganó!...

—¡No, qué esperanza!... ¡Llegó undécimo!

HOMBRE DE SUERTE

El dueño del restaurante está sentado y aburrido detrás del mostrador. De pronto, entra el cliente olvidadizo.



EL CLIENTE.—¡Esto no tiene nombre! Acabo de dejar por dos minutos mi mesa y al regresar me encuentro con que me han robado mi paraguas!

EL DUEÑO DEL RESTAURANTE.—Tiene usted suerte, señor. Precisamente ha dejado de llover.

FOOTBALL

Un espectador llega tarde a un partido de football. Pregunta al vecino:

—¿Cómo están?

—Cero a cero.

—¡Menos mal! ¡No he perdido nada!



ENTRE RAYAS

LA RAYA MADRE.—Iremos a ver a la raya vecina, a la de enfrente y a la de la esquina.

LA RAYA HIJA.—¡Pero, mamá!... ¡A cuántas rayas vamos!

Dos novedades: 1.-PIC - NIC, el postre criollo

*Aunque me encoja de frío,
La excursión no me ha fallado,
pues del temporal me río,
Con el Pic-Nic Combinado.*

Para Camping: **PIC-NIC**
Para Excursiones: **PIC-NIC**
Para Viajes: **PIC-NIC**

200 gramos de queso y 230 gramos
de dulce, higiénicamente envasados

2.-"LAS TAPERITAS" en 12 porciones



El envase de esta exquisita crema de gru-
yére en porciones mantiene intacta la pu-
reza de los mismos y evita desperdicios

En venta en todas las buenas despensas, almacenes y confiterías
(y representado en toda la República Argentina)

**PRODUCTOS
DE LORENZI**

Victorio y Esteban Lorenzi S.A. | www.victorioyesteban.com | <http://amigosceptuoblogs.com/>

Integramente Argentino

Ahora es

Alivio

lo mejor contra el

dolor de cabeza.